

GARCÍA GUTIÉRREZ, ANTONIO (1813-1884)

VENGANZA CATALANA

(Drama en cuatro actos)

PERSONAS:

MARÍA.

IRENE.

CATALINA.

ROGER DE FLOR.

BERENGUER DE ROUDOR.

GIRCÓN.

ALEJO.

MIGUEL PALEÓLOGO.

PERICH DE NACLARA.

Soldados catalanes, aragoneses y alanos.

La acción en los tres primeros actos pasa en Adrinópolis, año de ; el acto cuarto, en la ciudad de Apros.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el campamento de los alanos bajo las murallas de Andrinópolis. En primer término, a la derecha, la tienda de campaña de Gircón, en la que estará éste durmiendo. Al foro, vista parcial de la ciudad. Es de noche.

Escena I

GIRCÓN, IRENE, y un soldado alano con antorcha encendida.

IRENE.

¿Señor? (Acercándose a Gircón.)

GIRCÓN.

¿Qué es eso, hija mía?

¿ha brillado el resplandor
de la aurora?

IRENE.

No, señor:
aún debe tardar el día.

GIRCÓN.

¿Y cómo así, levantada
tan pronto?... responde, Irene:
¿qué extraño pesar te tiene
del sueño tan apartada?

IRENE.

No hay pena que a mí me aflija.

GIRCÓN.

¿A qué viniste?

IRENE.

A calmar
vuestro duelo.

GIRCÓN.

No hay vagar
para mis dolores, hija.

IRENE.

¿A ese tormento profundo
no hay consuelo que le cuadre?

GIRCÓN.

Nada, Irene.

IRENE.

¿No sois padre?

GIRCÓN.

Nada me queda en el mundo.
Padre fui: ¿por qué renuevas
la triste y fatal memoria
de esa dolorosa historia?

IRENE.

Os traigo agradables nuevas.

GIRCÓN.

¿Para mí? No puede ser.

-Habla, ¿qué es?

IRENE.

Aún no os lo puedo
asegurar.

GIRCÓN.

¿Tienes miedo

de que me mate el placer?

Es inútil precaución:

tanto el padecer nos muda,

que se ha trocado sin duda

en piedra mi corazón.

-Nada a conmoverme alcanza.

IRENE.

En el corazón más seco,
siempre despierta algún eco
a la voz de la esperanza.

GIRCÓN.

Acaba, di; ¿qué noticias

me traes? ¿Qué misterio extraño

es ése?

IRENE.

Si no me engaño,

padre, me daréis albricias.

Esta noche vuestra gente

ha preso a un hombre.

GIRCÓN.

¿Y quién era?

IRENE.

¿Quién? -Sospechando que fuera,

según resistió valiente,

persona de gran valía,

trajéronle asegurado.

GIRCÓN.

¿Quién es, Irene?

IRENE.

Un soldado
catalán.

GIRCÓN.
¿Algún espía?

IRENE.
Pero en su voz y ademán
-¡Oh! ¡No me engañe el deseo!
-Hallar otra cosa creo
que el soldado catalán.

GIRCÓN.
¿Pues?...
IRENE.
¿No lloráis angustiado
de un hijo ausente el cariño?

GIRCÓN.
¿Qué dices?

IRENE.
Aún era niño
cuando huyó de vuestro lado.
Tal vez me cegó un error
y se engañaron mis ojos:
¿quién sabe si en mis antojos
me le retrató el amor?

GIRCÓN.
Eso será; mas yo quiero
averiguarlo.

IRENE.
¡Sí!, ¡sí!

GIRCÓN.
Corre al punto, y haz que aquí
conduzcan al prisionero.
(Al soldado: éste se marcha.)
¡Bien dijiste! (Con alegría.)

IRENE.
¡Qué mudanza!

GIRCÓN.

Aun en su aflicción más honda
no hay alma que no responda
a la voz de la esperanza.

-¡Irene!

IRENE.
¡Lloráis!

GIRCÓN.
¡De gozo!
-Aunque en mi interior repruebo
el rigor, reñirle debo
por sus locuras de mozo.
Y si es que le traje aquí
mi ventura, al fin veré
cumplido mi afán. (Mirando a Irene con ternura.)

IRENE.
Yo sé
que desistiréis por mí.

GIRCÓN.
¿Pues le negarás tu mano?

IRENE.
Y él también: os lo prevengo.

GIRCÓN.
¿No le amas?

IRENE.
Sí: yo le tengo
conmigo en lugar de hermano.
-¿No sois mi padre?

GIRCÓN.
Ese nombre
que en merecerte confío,
ya lo sabes, no es el mío.

IRENE.
¿Y si os dijera: «No hay hombre
alguno a quien yo dar pueda
mi amor?» -¿Pero a qué es el dolo?
¡Sí, sí, padre! Hay uno solo
y el destino me lo veda.

GIRCÓN.

Cuando tu padre postrado
tras de un combate sangriento
al dar el último aliento
te encomendó a mi cuidado,
con los ojos en mí fijos
que ya empañaba la muerte,
gritó: «Enlaza en una suerte
la suerte de nuestros hijos.»

IRENE.

Y os juro que resignada
con su voluntad cumpliera,
si únicamente yo fuera,
por esa unión, desgraciada.

GIRCÓN.

¿Alejo?...

IRENE.

Con invencible
pasión, que sin tregua llora,
como yo también adora
una esperanza imposible.

GIRCÓN.

(Después de una pausa.) ¡Cúmplase vuestro destino, Irene!

IRENE.

Padre; yo os dejo.

GIRCÓN.

¡Tan pronto!

IRENE.

Vendrá ya Alejo,
y que tendréis, imagino,
mucho que hablarle.

GIRCÓN.

Así es:
tras una tan larga ausencia
¿Pero huyes tú su presencia?

IRENE.

¿Yo? no; le veré después. (Vase.)

Escena II

GIRCÓN; luego ALEJO, y soldados alanos que lo custodian.

GIRCÓN.

¿Será posible? ¿Seis años
no han cambiado su semblante,
cielos! ¿no ha podido Irene
por mi desdicha engañarse?

Pero ¿si fuese verdad!

¿Si Dios de mí se apiadase
trayendo al hijo perdido
a los brazos de su padre!

-Pero aquí viene.

(Hace una seña a los soldados de que se retiren.)

ALEJO.

(¿Dios mío!
fuerzas y entereza dadme.)

GIRCÓN.

Acercaos.

ALEJO.

(Él es.)

GIRCÓN.

(No hay duda.)

¿Quién sois, decid, y a qué parte
camináis?

ALEJO.

¿Ya no os lo han dicho
los impulsos de la sangre?
Soy un hombre a quien el odio
de la fortuna inconstante
señaló con la ignominia
del más vergonzoso ultraje.
Seis años ha que dejando
la Tracia surqué los mares
en busca de una venganza
que Dios no ha querido darme;

y hoy con el llanto en los ojos
y el rubor en el semblante,
vengo a deciros: «Señor,
nada logré, perdonadme».

GIRCÓN.

¡Alejo! ¡No me he engañado! (Le abraza.)
-¡Señor!, ¡Señor!, tus piedades
permiten a mis desdichas
este consuelo, aunque tarde.

ALEJO.
¡Padre!

GIRCÓN.

Pero di: ¿qué agravio
es ese de que me hablaste?
¿quién te ha ofendido?

ALEJO.
A saberlo,
ya tuvieran fin mis males.

GIRCÓN.

No te comprendo.

ALEJO.

Esta afrenta
que sobre entrambos recae,
y que el sol de nuestra honra
nubla con negros celajes,
está en nuestros pechos viva,
y en vano es que se recate,
que el color de la vergüenza
sangriento a la cara os sale.

GIRCÓN.

¡Calla!, ¡calla! ¿Quién te ha dicho,
rapaz, que hay en mi linaje
ni en obra ni en pensamiento
mancha que deba lavarse?

ALEJO.

¿Quién me lo ha dicho?

GIRCÓN.

Responde.

ALEJO.

Permitidme que lo calle:
vos lo sabéis.

GIRCÓN.

¿Yo?

ALEJO.

Pues bien:
si lo queréis, escuchadme.

GIRCÓN.

¿Qué vas a decir?

ALEJO.

La historia
de una mujer miserable
que deshonró vuestras canas.

GIRCÓN.

¡Tonto, infeliz! ¡no la agravies!
ha muerto.

ALEJO.

Tal vez la mano
de Dios...

GIRCÓN.

¡Oh, sí!... (Ocultando el rostro.)

ALEJO.

¡Padre!, ¡padre!
¡Y yo que la he maldecido
tantas veces! ¡pobre mártir!
¿por qué tú sola este crimen
con breve muerte expiaste?
¿por qué no ha querido el cielo
que tu hermano te vengase?

GIRCÓN.

Mas ¿quién, Alejo, te ha dicho
ese secreto? si sabe
otro que tú nuestra afrenta...

ALEJO.

No; yo os lo aseguro, nadie.
Ella misma..., ¡bien sabía
cuánto mi amor era grande!,
en lágrimas anegada
me reveló sus pesares.

GIRCÓN.

¿Mas no pudiste saber
de su seductor infame
el nombre?

ALEJO.

No.

GIRCÓN.

¿Y es posible
que ella también lo ignorase?

ALEJO.

Lo sabía.

GIRCÓN.

Y ¡no lo dijo!

ALEJO.

Sólo para amar fué frágil.
Esclava de su infortunio,
triste, resignada, amante,
lloró y expió su culpa
con la sumisión de un ángel.
Quejas, amenazas, todo
lo empleé, mas todo en balde:
permaneció sorda al ruego,
muda, insensible al ultraje.
Iba a herirla... una sonrisa
cubrió su rostro, inefable,
y ante aquel valor sublime,
señor..., me sentí cobarde.

GIRCÓN.

Y entonces...

ALEJO.

Sólo me dijo
que el autor de su desaire

era soldado y nacido
en las nieves de los Alpes.
-Seis años, ya lo sabéis,
lejos de mi patria, errante,
al burlador de mi hermana
he buscado en todas partes.
¡Inútilmente! No hallé
nada que me iluminase
de este oscuro laberinto
en la tenebrosa cárcel.
¡Ni un gesto, ni una palabra!
-Y aún sustentará al culpable
la tierra, y yo no he vertido,
gota por gota, su sangre!

GIRCÓN.
¿Y cuál es la causa, dime,
de hallarte con ese traje
y en tal sitio?

ALEJO.
Soy soldado
y sirvo a los catalanes.

GIRCÓN.
¡Alejo!

ALEJO.
Para encontrar,
desde Sicilia, pasaje,
esto fué preciso.

GIRCÓN.
¡Cielos!

ALEJO.
Oculté mi nombre y clase,
y a Berenguer de Roudor
prestando el pleito homenaje,
dejé a Mesina con él
en busca de mis hogares.

GIRCÓN.
Y di: si los que antes fueron
amigos, rotas las paces,
contra los tuyos un día

volvieran sus estandartes,
¿qué hicieras?

ALEJO.

Hasta cumplir
el jurado vasallaje,
dar, si es preciso, la vida
primero que al honor falte.

GIRCÓN.

¿Y no sabes tú sin duda
que de ese horroroso trance
va llegando por momentos
la ocasión inevitable?

ALEJO.

Lo he sospechado.

GIRCÓN.

En buen hora;
pero sin duda no sabes...

ALEJO.

Sí, padre mío: ya sé
de cuánto serán capaces
los griegos; bien los conozco
y no es cosa que me espante.

GIRCÓN.

¡Bien! Muy bien. (¡Tiemblo de oírle!)
¡Y eso es lo que aquí te trae
sin duda!

ALEJO.

¿Qué decís?

GIRCÓN.

Digo
que a averiguar nuestros planes...

ALEJO.

¡Bueno es eso, por que nada
a mi desventura falte!
-Si aquí vine... ¡el corazón
no es posible que os engañe!
-fue por dar a mis desdichas

el consuelo de este instante.
Por espía me tuvieron,
¿no es verdad?, ¡pues bien!, que sacien
su cólera en mí.

GIRCÓN.
En la tierra
¿hay quien se atreva a insultarte?
-Mas tú té quedas conmigo.
(Alejo hace con la cabeza un movimiento negativo.)
No, Alejo; no me disuades.

ALEJO.
Soy vasallo.

GIRCÓN.
Nada importa:
yo compraré tu rescate.

ALEJO.
(Con resolución.) Os digo que es imposible.
(Pausa.)

GIRCÓN.
¡Hay desdicha semejante!
Pues bien; libre estás; al campo
de mis enemigos parte,
ya que la suerte lo quiere. (Hace que se va.)

ALEJO.
¿Os vais?

GIRCÓN.
¿Qué más pides?

ALEJO.
Dadme
vuestra bendición.

GIRCÓN.
¡No, Alejo!
en tanto que esas señales
de abyección y esclavitud
a mis ojos te disfracen,
no te conozco por hijo.

ALEJO.

Pues bien, apúrese el cáliz.
Yo sucumbiré a mi suerte
hasta que de mí se apiade
ese Dios que así me envía
dolores para probarme.
Fuerzas tengo y corazón
para seguir adelante
por esta senda de espinas
que el cielo a mis plantas abre.
Id con Dios, padre; id con Dios,
ya que mi amor no os persuade:
yo os obedeciera, pero...
la fe del soldado es antes.

GIRCÓN.

Guarda tu fe: vuélvete
a tu campo; no te tardes.

ALEJO.

¿Y si mañana el clarín
a batalla nos llamase?

GIRCÓN.

Cumplamos nuestro deber:
lo que vendrá, Dios lo sabe. (Vase por la derecha.)

Escena III

ALEJO, solo.

¡Cuánto la esperanza yerra!
¡Con qué placer tan profundo
pisé, insensato, esta tierra,
donde para mí se encierra
cuanto hay hermoso en el mundo!
Y éstos, no hay duda, éstos son
los sitios en que solía
ponderarla mi pasión;
mas ¡qué trocados! María,
¿lo está así tu corazón?
Lejos ya de mi presencia,
¿has concebido tal vez
de otro afecto la violencia,

o ha resistido a la ausencia
el amor de la niñez?
¡Horrible duda! ¡espantosa!
¡tú presa en ajenos lazos,
tan cándida, tan hermosa!
¡tú, María, de otro esposa
y bien hallada en sus brazos!
-¡No!, ¡no! ¡Apártate de aquí,
alevoso pensamiento!
¡ella abandonarme así
y olvidar su juramento!
¡qué fuera entonces de mí!
(Ruido de espadas.)

MARÍA.
¡Socorro! (Dentro.)

ALEJO.
¡Cielos!

Escena IV

ALEJO y CATALINA, por la izquierda.

CATAL.
¿No habrá
quien nos ampare?

ALEJO.
Señora...

CATAL.
Venid; en peligro está
quien vuestro favor implora
y que, sin él, morirá.

ALEJO.
¿Dónde?

CATAL.
Seguidme.

ALEJO.
Yo os fío...

(Vuelve a oírse por un momento e ruido de armas: Catalina retrocede.)

CATAL.

¡Ay!

ALEJO.

Esperad. (Vase por la izquierda.)

CATAL

Son alanos.

que éste es su campo. ¡Oh, Dios mío!

¡salvadla!

ALEJO.

(Dentro.) Soltad, villanos.

CATAL.

¡No le abandone su brío!

-Mas ¿qué es esto? Ya cesó

el rumor.

Escena V

CATALINA, ALEJO, que trae en brazos a MARÍA.

ALEJO.

Venid.

CATAL

¡Qué veo!

¡en salvo! el cielo me oyó.

ALEJO.

Alzadla el velo.

CATAL.

Eso no.

MARÍA.

¡Ay!

CATAL.

¿Me engañó mi deseo?

¡respira! cobrando voy

aliento.

MARÍA.
¡Favor!

CATAL.
Calmad
el recelo.

MARÍA.
¿Dónde estoy?
¿quién me detiene?

CATAL.
Yo soy.

MARÍA.
¿Tuvieron de mí piedad?

CATAL.
Sin el favor de un soldado
que a nuestro socorro vino,
vuestro fin era llegado.

MARÍA.
¿Y es?...

CATAL.
¡Mirad! (Señalando a Alejo.)

MARÍA.
Dios sea loado,
que os trajo por mi camino.
Acercaos.

ALEJO.
¿Qué me queréis?

MARÍA.
Si ese traje no me engaña,
sin duda pertenecéis
a los soldados de España
y con Roger serviréis.

ALEJO.
Soldado soy de Roger.

MARÍA.
Y para recompensaros
tal favor, ¿qué habré de hacer?

ALEJO.
¡Vos!... Nada.

MARÍA.
Tengo poder.

ALEJO.
¡Oh! no hay para qué cansaros.

MARÍA.
Sois modesto.

CATAL.
(Y aun galán.)

MARÍA.
¿No habéis sufrido reveses
de la suerte?

ALEJO.
¿A qué ese afán?

MARÍA.
En ese bolsillo os dan
cien escudos genoveses.
(Alargando un bolsillo a Catalina y que ésta ofrece a Alejo.)
No es paga, que más virtud
presumo de vuestro pecho;
ofrenda es de gratitud:
tomad.

ALEJO.
No sé qué sospecho
de tanta solicitud.
¡Mucho os pesa agradecer!
excusad la recompensa.

MARÍA.
¿Os enojáis?

ALEJO.

Puede ser.

MARÍA.

Si lo habéis tomado a ofensa,
yo os quiero satisfacer.
Perdonad si me engañó
el traje: os juzgué soldado.

ALEJO.

¿Quién os dice que mintió?

MARÍA.

¿No sois caballero?

ALEJO.

No:
es más humilde mi estado.

MARÍA.

¡Cómo! y siendo tan impía,
según decís, vuestra suerte,
¿despreciáis la oferta mía!
y ¿por qué?

ALEJO.

Preferiría
mil veces antes la muerte.
Mas si en dar alguna prenda
al soldado os empeñáis,
sin que esto favor se entienda,
sirva a mi herida de venda
ese lienzo que ahí lleváis.

MARÍA.

¡Por salvarme! ¡a tal acción
tal premio los cielos dan!
-¿Dónde?

ALEJO.

Aquí: siempre aquí son
(Con la mano en el pecho.)
mis heridas: todas van
derechas al corazón.

MARÍA.

Mas si peligrosa fuera...

ALEJO.
Por mi desventura es leve.

MARÍA.
Recompensaros quisiera,
no así, mas de otra manera,
como a vuestra acción se debe.
Conservad, ya que os agrada,
ese lienzo.

ALEJO.
Está mi herida
con harto precio pagada.

MARÍA.
No olvidaré que a esa espada
debí esta noche la vida;
y si os place alguna vez
pedir por tan gran servicio
el premio, sed vos el juez.

ALEJO.
Es muy grande mi altivez
y pequeño el sacrificio.
Sólo os pediré, si tanto
puedo yo ser venturoso,
que descubráis ese encanto
que avaro me niega el manto
de tanta dicha celoso.

MARÍA.
Más me pedís que pensáis.

ALEJO.
Perdonadme si indiscreto

MARÍA.
Pero si de mí fiáis,
antes de mucho os prometo
que cual pedís me veáis.

ALEJO.
(Hay tal magia, hay tal poder
en su voz, que se estremece
mi corazón de placer.)

MARÍA.

Quedaos aquí: ya amanece
y temo que me han de ver.

ALEJO.

Pero ¿sola?...
(Haciendo ademán de acompañarla.)

MARÍA.

No consiento (Con entereza.)
que de aquí paséis.

ALEJO.

¿Ya enojos?

MARÍA.

O borraréis desatento
el alto merecimiento
que os recomienda a mis ojos.

ALEJO.

Esa razón me reporta;
mas mirad, por vuestra vida...

MARÍA.

No, no, la distancia es corta;
adiós quedad, que me importa
no ser aquí conocida.

(Vase por la derecha seguida, de Catalina.)

Escena VI

ALEJO, solo.

¡Extraña mujer! No sé
qué encanto, qué melodía
en esa voz encontré,
que jurara por mi fe
que estaba oyendo a María.
Y aunque es hoy la vez primera
que escucho y hablo a esta dama,
no sé qué extraña quimera
toda la razón me altera,

todo el corazón me inflama.
¡Deseo!, en vano procuras
hallar en algún recuerdo,
la causa de estas locuras.
-Inútilmente me pierdo
entre vanas conjeturas.
No es ella, ¡ilusión que adoro!;
no es la voz que vertió en paz
aquí de amor un tesoro
con el arrullo sonoro
de la paloma torcaz;
es el imperioso acento
del que subyuga y domina,
y mientras su influjo siento,
airado me da tormento;
cariñoso, me fascina.
Mas ya moviéndose está
el campo: el deber te llama;
¡esclavo!, olvídate ya
de la misteriosa dama,
como ella te olvidará.

(Vase por la izquierda. Empieza a moverse el campo de los masagetas, viéndose cruzar en varias direcciones algunos soldados. Se oye tocar clarines a diferentes distancias. Poco después salen por la izquierda el Emperador y Gircón, seguidos de una corta comitiva.)

Escena VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL.
¿Roger mueve su campo?

GIRCÓN.
Y arrogante
con su gente hacia el nuestro se encamina.

MIGUEL.
¿Qué quiere eso decir?

GIRCÓN.
¿Qué hay que os espante,
o qué insensato error os alucina?
Harto, señor, acreditado habemos

todo el temor que en nuestros pechos labra,
y harto nuestra vergüenza merecemos:
¡vergüenza y abyección! sí ¡por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN.

Una palabra
decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL.

¿Por qué tanto rigor y por cuál crimen?

GIRCÓN.

Al Asia preguntad: sus moradores,
que vuestros hijos son, pidiendo gimen
venganza de sus nuevos opresores.
Y vos se la daréis, que aunque no os venza
del corazón la rabia comprimida,
os dolerá, señor, nuestra vergüenza.
¿Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL.

Paciencia y no irriteemos nuestro encono;
yo lo siento también, y sufro y callo.
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCÓN.

¿No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL.

Mas si la voz de la pasión escucha
y el sentimiento del rencor la vicia,
¿quién le asegurará que en esta lucha
no venza la pasión a la justicia?
Si con mayor fortuna o más denuedo
venció Roger las bárbaras falanges
de Amurat y Carcano...

GIRCÓN.

A Dios pluguiera
que al usado rigor de sus alfanjes
antes el Asia con baldón cayera.
Dobla el esclavo con dolor la frente
cuando tirano azote le castiga;

pero es más alevoso, más se siente,
señor, el golpe de la mano amiga.
No es afrenta ceder cuando se agota
de la mezquina humanidad el brío;
mas sucumbir vencido sin derrota
y el látigo besar que nos azota...
¡nunca!, ¡eso excede al sufrimiento mío!

MIGUEL.

No su dura altivez, no sus desmanes
irritan nuestra cólera; es la gloria
y el valor de esos fieros catalanes
que al turco arrebataron su victoria.
¿Y qué hicimos los dos? En esa tierra
que escogieron los cielos irritados
para campo y despojo de esta guerra,
¿cuántas veces probamos la fortuna
que ante la cruz de Cristo se eclipsara
el resplandor de la menguante luna?
¡Miserable pasión, pero terrible
es la envidia, Gregorio!, y si inflexible
dentro del corazón se arraiga y crece
con nuestra propia mengua alimentada,
punzante flecha, en el rigor parece
del hondo pecho en la mitad clavada.

GIRCÓN.

¡En buen hora, señor! Envidia sea
o justa indignación, al fuego oculto
dejad que prenda, y que la Grecia os vea
satisfacción tomar de tanto insulto.

MIGUEL.

Algún día, tal vez...

GIRCÓN.

El pueblo os ama
y en la sed de venganza también arde.

MIGUEL.

Mas ¡de esa suerte mancillar mi fama!...

GIRCÓN.

Con más alto clamor el riesgo os llama,
y ¡ay, que a atajar el mal no lleguéis tarde!

MIGUEL.
¿Qué temes?

GIRCÓN.
Aún Roger las afecciones
de sus antiguos dueños se concilia,
llevando con descaro en sus pendones
las armas de Aragón y de Sicilia.
¿Por qué? porque en su orgullo ha imaginado,
creyendo que es mayor nuestra flaqueza,
veros de la corona despojado
para adornar de Jaime la cabeza.

MIGUEL.
No lo puedo creer.

GIRCÓN.
Y esa corona
aún no es vuestra, señor; que si ha querido
Andrónico ensalzar vuestra persona;
si ya con vos el trono ha compartido,
aun él es en sus reinos el primero,
y aceptando ese honor, ha contraído
arduas obligaciones su heredero.

(Se oye un clarín.)

MIGUEL.
¡Silencio!

GIRCÓN.
Es el clarín que nos avisa
la marcha de Roger, y ya su gente
pasando está los vados del Murisa.

MIGUEL.
Aquí su campo asentará: no quiero
dar ocasión a celos y rencores.

GIRCÓN.
Se hará como decís.

MIGUEL.
Así lo espero.

GIRCÓN.

¿Qué otra cosa mandáis?

MIGUEL.

¿Qué? tus alanos
en la ciudad se alojarán, y cuenta
si a su ciego rencor no atas las manos,
y el muro de mi alcázar se ensangrienta.

GIRCÓN.

Yo sabré refrenarlos.

MIGUEL.

Ni un instante
tardes.

Escena VIII

MIGUEL y su comitiva; luego ROGER, BERENGUER y caballeros catalanes y aragoneses.

MIGUEL.

¡Oh, corazón!, guarda en tu centro
la saña, y que tu cárcel no quebrante
revelándose al lívido semblante
el oculto volcán que hierve dentro.

(En este momento se presenta en la escena Roger armado a la ligera y seguido de los personajes arriba indicados.)

¿Roger? (Adelantándose hacia él.)

ROGER.

¡Cómo! ¡Sois vos!

MIGUEL.

Tanto merece
quien, de mi padre y mi señor honrado,
hoy añade a sus timbres de soldado
el cesáreo blasón que le engrandece.
Pero ¿qué significa esta venida
sin avisarme?

ROGER.

Estando tan cercano,

¿no os he debido dar mi despedida?
Muy pronto es mi partida
contra el fiero enemigo del cristiano.
Sorprenderos pensaba.

MIGUEL.
Ya lo veo.

ROGER.
Pero vos, como siempre, bondadoso,
habéis anticipado mi deseo
interrumpiendo así vuestro reposo.

MIGUEL.
Eso merecen ínclitos varones
como vos.

ROGER.
Al honrarme de esta suerte,
cadena de inflexibles eslabones
ponéis a mi lealtad.

MIGUEL.
Lo sé, Rogerio,
y sé también que vuestro brazo fuerte
columna es hoy de mi abatido imperio.

ROGER.
Ensalzáis mi humildad.

MIGUEL.
Nada podría
recompensar valor tan esforzado,
si, dueño venturoso de María,
hoy no os uniera con la sangre mía
del parentesco el vínculo sagrado.
¿Vuestra esposa?...

ROGER.
A la corte en este instante
se encamina, señor, con mis galeras.

MIGUEL.
¿No queréis reposar? que es la jornada,
y más de noche, larga y escabrosa.

ROGER.

No por mí; mas mi gente fatigada
viene, y de algún descanso deseosa.

MIGUEL.

Perdonadme, Roger, si otro más digno
hospedaje...
(Señalando a las tiendas de campaña.)

ROGER.

Pues ¿qué?... (Con extrañeza.)

MIGUEL.

Vuestros soldados
aquí estarán, Roger, aposentados,
aunque será por poco.

ROGER.

No quisiera
que ese favor que la otorgáis, benigno,
en desaire mi gente convirtiera.
-¡No permitirle en la ciudad la entrada!

MIGUEL.

Quiero evitar desórdenes, Rogerio,
y está por mis alanos ocupada:
no hay otra causa aquí ni otro misterio.

(Movimiento de impaciencia y murmullos de indignación entre los caballeros.)

BERENG.

Pues ¡vive el cielo!, la razón extraño.

ROGER.

¿Qué decís, Berenguer!

BERENG.

Y de ese modo,
más que atajar de la ciudad el daño,
dais ocasión a que se pierda todo.

MIGUEL.

¿Y es un vasallo quien así responde
a su señor?

BERENG.

El que de fiel blasona
nunca a los reyes la verdad esconde.

MIGUEL.

¿Es caballero? (A Roger.)

ROGER.

Y su lealtad le abona.
Berenguer de Roudor, ahora llegado
de Cataluña a vuestro imperio, viene
a ofreceros su espada: es buen soldado.

MIGUEL.

Bien con su patria su altivez conviene.
-¿Es catalán?

ROGER.

En los allá nacidos
se hermanan la franqueza y el aliento.

BERENG.

Somos en el honor poco sufridos,
y una vez ofendidos,
no callamos verdad ni sentimiento.
Y postergarnos a tan vil canalla...

MIGUEL.

Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENG.

Deben ser en el premio los primeros
los que primero son en la batalla.
Si no pusieran en tan cruda guerra
el catalán y aragonés las manos,
en cuanto espacio vuestro imperio encierra
no hallaran, ¡vive Dios!, bastante tierra
donde fijar el pie vuestros alanos.

ROGER.

¡Basta!

MIGUEL.

Es mi voluntad, y nadie intente
hacer a mis mandatos resistencia.

ROGER.

Id, Berenguer, y repartid la gente:
nuestro deber primero es la obediencia.

(Berenguer se dirige al fondo y figura dar órdenes a algunos soldados, los cuales se van en diferentes direcciones. Alejo sale por el fondo izquierda, se dirige adonde está Berenguer y le habla.)

Escena IX

DICHOS y ALEJO.

MIGUEL.

Descansad un momento, y a mi lado
luego entraréis en la ciudad, que quiero
manifestar al pueblo alborozado
lo que estimo el valor de tal soldado,
lo que en mi amor a todos le prefiero.

ROGER.

¿Solo yo? no es posible.

MIGUEL.

¿Cómo?

ROGER.

Y lo siento, a fe: Dios me es testigo.

MIGUEL.

¡Sois altivo, Roger!

ROGER.

Vos, inflexible.

MIGUEL.

Puesto que convencers no consigo,
os dejo aquí, pero con pena mía.

ROGER.

Adiós, que os guarde.

MIGUEL.

(¿Si de mí recela?)

ALEJO.

(¡Guarda del tigre la caricia impía!)

ROGER.

¡Plaza al Emperador!

BERENG.

(Estaré en vela.)

(Roger acompaña al Emperador hasta que sale de la escena: luego vuelve a bajar al proscenio.)

Escena X

DICHOS, menos MIGUEL.

ROGER.

¿Qué tienes? (A Berenguer, que está pensativo.)

BERENG.

La obligación
es a veces harto dura.

ROGER.

¿Qué hay?

BERENG.

Que la gente murmura,
y murmura con razón.
Y si la mandan partir
sin paga...

ROGER.

Ya la ha ofrecido
Andrónico.

BERENG.

Convenido;
pero ofrecer no es cumplir.

ROGER.

Pésame que a su codicia
escuchen.

BERENG.

Yo no os arguyo;

mas lo que piden es suyo.

ROGER.

Y yo ¿niego su justicia?

BERENG.

¡Si todos fueran como él!
(Señalando a Alejo.)

ROGER.

¿Quién? ¡Ah!

BERENG.

No le tienta el oro.
Ese mozo es un tesoro:
sufrido, valiente, fiel.

ROGER.

Sí.

BERENG.

Y aunque tanto merece,
nada pide: ¡cosa rara!

ROGER.

Es verdad.

BERENG.

Y yo jurara
que es más de lo que parece.

ROGER.

¿Lo crees tú?

BERENG.

¿Si lo creo?
Y esta idea me domina
desde que la vi en Mesina.

ALEJO.

Señor, hablaros deseo. (Acercándose.)

ROGER.

¿Es cosa urgente?

ALEJO.

Señor,

sí lo es; para luego es tarde.

ROGER.

Di, pues.

ALEJO.

(¡Corazón cobarde!...)

ROGER.

Habla.

ALEJO.

(Tengamos valor.)

Quiero partir de esta tierra.

ROGER.

¿Partir dices? Yo no puedo consentirlo.

BERENG.

¿Tienes miedo?

ALEJO.

Sí, tengo miedo a esta guerra.

(Con intención.)

BERENG.

Imposible.

ALEJO.

¿Y si es verdad?

ROGER.

Mal a su deber escucha
el soldado que a la lucha
vuelve el rostro.

ALEJO.

Perdonad;
no es el temor a la muerte
el que me arrastra a ese extremo;
¡no, señor!, es el supremo
poder de mi injusta suerte.

BERENG.

Luego en esa decisión

ocultas algún misterio.

ALEJO.

Cierto; y es tanto su imperio
que avasalla a mi razón.

ROGER.

Pues bien, yo no puedo dar
ejemplo tan pernicioso:
mientras que no haya reposo,
mientras que haya que luchar,
aquí y en cualquiera parte
donde nos llame el deber
todos debemos correr
detrás de nuestro estandarte.

ALEJO.

Perdonad: no se hable más
de este asunto. (¡Ay, suerte mía!)

BERENG.

Alejo, ¡no lo creería
de tu condición jamás!

ALEJO.

Adiós, señor. (Vase por la derecha.)

Escena XI

ROGER, BERENGUER, luego MARÍA por el fondo, a la derecha.

BERENG.

¡Esto es nuevo!
de mi admiración no salgo.
¡Cuando digo yo que hay algo
de extraño en este mancebo!

(Aparece María en el fondo cubierta con un velo. A mayor distancia se ve a Catalina y algunos escuderos.)

ROGER.

¿Quién viene?

MARÍA.

Quien verte ansía
y tu voluntad expresa
atropella.

BERENG.
¡La Princesa!

ROGER.
Déjanos. (A Berenguer, que se retira.)

Escena XII

ROGER, MARÍA.

ROGER.
¿Tú aquí, María?
te estoy viendo y no lo creo.

MARÍA.
¡Roger!

ROGER.
¿Tú aquí?

MARÍA.
No te espante;
que recelosa y amante,
¿quién resiste a su deseo?

ROGER.
¿Recelosa tú? ¿de qué?

MARÍA.
Abrigan los corazones
mil necias supersticiones,
¡necias, señor!, bien lo sé;
mas ¿quién, si perder sospecha
el bien que idolatra ausente
y el intenso dolor siente
de esta envenenada flecha;
quién, dime, conservaría
con tal recelo la calma,
y más si lleva en el alma
todo el amor que esta mía?

ROGER.

No he dudado yo jamás
de ese amor, que es mi contento;
mas tú, ¿con qué fundamento
del mío sospecharás?

MARÍA.

¿Yo? ¡no! si posible fuera
que yo de tu fe dudara,
o la vida me quitara
o del pesar me muriera.

ROGER.

Yo no alcanzo a comprenderte:
¿qué causa?...

MARÍA.

Un vago temor
es no más: ¡mira, señor,
que a traición no te den muerte!
Tus enemigos...

ROGER.

En paz
con todos vivo, María.

MARÍA.

Ocultan su alevosía
con engañoso disfraz.
Entre las varias naciones
que han ofrecido su espada
a esta nación degradada,
donde ya no hay corazones,
hay una raza grosera,
de Europa negro borrón,
que no sé por qué razón
mi primo Miguel tolera.
Contra esos hombres villanos
abrigo sospechas graves,
y están aquí; ¡ya lo sabes,
Roger! y son los alanos.
Desde que pusiste el pie
en Tracia, inquietos parecen.
No sé por qué te aborrecen,
esposo.

ROGER.

(Yo sé por qué.)

¡María!, ¿y de esto te admiras?

MARÍA.

Tu fama y tu nombre insultan,
y lo peor es que ocultan
o ponen freno a sus iras.

¿De qué os servirá el valor
que noblemente batalla,
si al desnudaros la malla
os hiere puñal traidor?

¿Y qué vale la osadía
contra el pertinaz empeño,
del que acecha vuestro sueño
y vuestro descanso espía?

ROGER.

No imagines que me asombre
tu flaqueza: es natural;
mas lo que en ti no está mal
fuera vergüenza en un hombre.

¿Quieres que me afrente y huya
de un peligro imaginado?

¿quieres que manche el soldado
su fama, que ya es la tuya?

MARÍA.

Eso no; pero si aquí
peligras, como sospecho,
ha de hallar antes mi pecho
el hierro traidor que a ti.

ROGER.

¡Venga, pues! no me acobarda
ya su rigor enemigo.

MARÍA.

¿No? ¿Por qué?

ROGER.

Porque conmigo
está el ángel de mi guarda.

MARÍA.

¿Ángel?

ROGER.
Lo eres para mí.

MARÍA.
Yo sí que decir pudiera
que le tengo.

ROGER.
¡Lisonjera!

MARÍA.
¡No! no lo digo por ti.

ROGER.
¡Hola!

MARÍA.
¿Te parece mal?

ROGER.
Si es del cielo...

MARÍA.
¡Desvarío!

ROGER.
¿Qué dices?

MARÍA.
Que el ángel mío
es ángel muy terrenal.

ROGER.
¡Vas a asustarme! ¿Algún hombre
tal vez?

MARÍA.
Ya en celos te inflama.

ROGER.
Tengo razón. -¿Y se llama?...

MARÍA.
No le pregunté su nombre.

ROGER.
No entiendo...

MARÍA.
Si aquí los dos
nuestro amor entretenemos,
a su valor lo debemos.

ROGER.
¡Es posible!

MARÍA.
¡Sí, por Dios!
Pudo el temor de tu suerte
costarme anoche la vida.

ROGER.
Habla.

MARÍA.
Con saña atrevida
quisieron darme la muerte.
Sin defensa ya, a sus manos
llegado mi fin juzgué.

ROGER.
¿Y quién el infame fue?...

MARÍA.
Presumo que eran alanos.
Esgrimiendo los aceros,
en la oscuridad cercaron
mi litera, y ahuyentaron
a mis pajes y escuderos.

ROGER.
¡Cobardes!

MARÍA.
¿Vas a enojarte?
¿qué hiciera su resistencia?

ROGER.
Debieron dar la existencia
primero que abandonarte.

-Sigue.

MARÍA.

A pesar de mi afán
sacábanme del camino,
cuando en mi socorro vino
un bizarro catalán.

ROGER.

¿Algún caballero?

MARÍA.

No.

ROGER.

¿Adalid?

MARÍA.

Simple soldado.

ROGER.

Y le habrás recompensado.

MARÍA.

Lo quise; mas se enojó.

ROGER.

Son, como valientes, rudos.

MARÍA.

A su acción agradecida
pagarle quise una herida
con un puñado de escudos.
-Fue mal hecho: no lo ignoro.

ROGER.

Cuando no se satisfaga,
tendrá razón: no se paga
tan grande favor con oro.
Yo haré que le busquen.

MARÍA.

Sí.

ROGER.

Y como al más ganancioso,

deja el cuidado a tu esposo
de pagar deudas por ti.
Yo a pagar ésta me obligo.
-Vuelve a la ciudad.

MARÍA.
No puedo.

ROGER.
Pues ¿qué proyectas?

MARÍA.
Me quedo;
me quedo, señor, contigo.

ROGER.
¡Tú, en un palacio nacida
y a la corte acostumbrada!...

MARÍA.
¿Y qué? ¿No soy aquí amada?

ROGER.
¡Eso sí! Con alma y vida.

MARÍA.
¿Tanto como tú?

ROGER.
Quizás:
tú eres todo mi embeleso.

MARÍA.
Pues bien: quíereme, y con eso
no temas que pida más.
-¿Qué me falta?

ROGER.
La sombría
grandeza de tu palacio.

MARÍA.
Aquí tengo más espacio.

ROGER.
¿Y tus doncellas, María?

Y ¿quién de ti cuidará?
¿quién de tu gala, amor mío?

MARÍA.

De hermosura y de atavío
mi afecto me servirá.
-La que aceptó por compañía
soldado que tanto vale,
no tiene alcázar que iguale
a tu tienda de campaña;
y la que supo seguir,
enamorada, tus huellas,
no necesita doncellas
que la sirvan el vestir.
Más que el boato imperial
estimo yo tu decoro
y el estrépito sonoro
de la alborada marcial.
Mejor que ceñir coronas,
de tu admiración avara,
las fábulas realizara
de las fuertes amazonas.

ROGER.

Permíteme que lo extrañe.
-¿Osaras tú en la pelea?...

MARÍA.

No diré tanto, no sea
que me engañe y que te engañe.
Tímida soy; pero en fin...
me ha dado miedo hasta ahora
la guerra, y ya me enamora
la ardiente voz del clarín.
Será que como es mi esposo
guerrero que el mundo admira,
acaso el amor me inspira
su espíritu valeroso:
será que en altos reclamos
tu ejemplo me da consejos.
Nosotras somos reflejos
del hombre a quien adoramos.

Escena XIII

DICHOS y BERENGUER con un pergamino.

MARÍA.
¿Quién es?

ROGER.
Mi amigo más fiel.

BERENG.
Un caballero ha venido
buscándoos, y esto ha traído
del emperador Miguel.

ROGER.
A los hidalgos da entrada
(Después de leer rápidamente.)
en la ciudad.

BERENG.
(Al fin cede.)

ROGER.
Y más tarde, cuando quede
de alanos desocupada,
mañana tal vez, serán
en su interior alojados
adalides y soldados.

BERENG.
(No sé si se alegrarán.)
También, como vuestro porte (A María.)
pide y elevada esfera,
os envía una litera
con séquito de la corte.

ROGER.
Anunciadlo al campamento
y que cada cual se apronte
a seguirnos. -Tú disponte
para partir al momento.

(Vase. María. Berenguer se dirige al Campamento.)

Escena XIV

ROGER, y un instante después ALEJO.

ROGER.

Dios quiera que me reporte
de Gircón en la presencia.

ALEJO.

¡Señor! ¿Es cierto? ¿Hay licencia
y, entramos hoy en la corte?

ROGER.

Los hidalgos nada más.

ALEJO.

¿Y a mí la excepción no alcanza?

ROGER.

Tú eres mi paje de lanza:
desde hoy a mi lado estás.

ALEJO.

¡Gracias, señor! (Vase Roger.)

Escena XV

ALEJO; luego IRENE.

ALEJO.

¿Qué aprensión
quimérica es esta mía?
¿Si a ver vamos a María,
de qué tiemblos, corazón?

IRENE.

¿Aún la recuerdas?

ALEJO.

¡Tú eres,
hermana mía?

IRENE.

¿Por qué

tanto has tardado?

ALEJO.

¿Lo sé
yo mismo? -Dime...

IRENE.

¿Qué quieres?

ALEJO.

¡Escucha! -¡Temblando estoy!
decirlo quiero y no puedo.

IRENE.

¿Qué te altera?

ALEJO.

Tengo miedo
de lo que a decirte voy.
-¿Vive?

IRENE.

Vive.

ALEJO.

¡Cielo santo,
yo tu clemencia bendigo!
-Dime; ¿Y fiel para conmigo...?

IRENE.

No puedo decirte tanto.

ALEJO.

Explícate y mi tormento
no aumentes, ¡hermana mía!

IRENE.

Sólo sé que llegó un día
en que abandonó el convento.
Entonces perdí su huella.

ALEJO.

¿Y has vuelto a hallarla?

IRENE.

No ha mucho.

ALEJO.
Habla: ¿no ves que te escucho?

IRENE.
Segura estoy de que es ella.

ALEJO.
¿Está aquí?

IRENE.
Sí.

ALEJO.
Tan donosa
como en la risueña edad
de la infancia; ¿no es verdad?

IRENE.
No, Alejo.

ALEJO.
¿No!

IRENE.
Aún más hermosa.

ALEJO.
Y ¿qué sabes?...

IRENE.
Nada sé,
Alejo; ¡pero en seis años
cabem tantos desengaños!

ALEJO.
¡Oh, no!

IRENE.
¡Me encanta esa fe!

ALEJO.
Yo en su inocencia confío.

IRENE.
¿Y por qué no has de dudar?

ALEJO.

¿Y por qué no he de juzgar
su corazón por el mío?
Si del tiempo y la distancia
triunfó mi amante porfía,
¿no puede abrigar María
la misma noble constancia?

IRENE.

Vive en esa fe.

ALEJO.

¡Me aterra
tu calma! Di...

IRENE.

¡Pobre hermano!

ALEJO.

Di; ¿qué misterioso arcano
en tus palabras se encierra?

IRENE.

Has dado en terrible empeño!

ALEJO.

¡Oh, si tú como yo amaras!

IRENE.

¡Yo amar!

ALEJO.

¡Si a tu bien miraras
en poder de ajeno dueño!...

IRENE.

Nunca he llorado esas penas.

ALEJO.

¡Dichosa tú, Irene mía!

IRENE.

Y a sentirlas rompería
con mi vida mis cadenas,
asiéndome a mi esperanza

con vigorosa intensidad,
sublimara mi pasión
en alas de mi venganza.

ALEJO.

¿Un desdén se ha de vengar?

IRENE.

Quien sufre y calla, no siente
su agravio: dile que miente
si dice que sabe amar.

ALEJO.

No sé, Irene, lo que haría
en tal caso: no lo sé;
mas ¿dónde se halla?..., ¿qué haré
para encontrar a María?

IRENE.

Alégrate: ese deseo
no te pide mucho espacio.
Búscala...

ALEJO.

¿Dónde?

IRENE.

En palacio.

ALEJO.

Luego es noble.

IRENE.

Así lo creo.

ALEJO.

Sin duda...

IRENE.

Y cuando eso arguya
en ella cuna y riqueza,
¿qué importa si es tu nobleza
tan limpia como la suya?

ALEJO.

¿Gracias, gracias!

IRENE.
El color
vas perdiendo.

ALEJO.
No es extraño:
a un tiempo me has hecho daño
con un placer y un dolor.

IRENE.
¿Tiembas?

ALEJO.
De pensar que presto
voy a verla.

IRENE.
¡Estás herido!

ALEJO.
¡Calla! (Desmayándose.)

IRENE.
¡Se ha desvanecido!
(Arrodillándose junto a él y descubriéndole el pecho.)
Respira... pero ¿qué es esto?
¡Un lienzo... rico! Además
tiene un blasón estampado...
-¿No sueño? ¡se han encontrado!
¡Fortuna, no pidas más!
¡Oh, que hay momentos supremos
de irresistible alegría!

(En este momento cruza el teatro, dirigiéndose al fondo, la litera cerrada donde se figura que va María, seguida de caballeros y cortesanos. Irene se incorpora exclamando:)

-¡Adiós, princesa María!
¡Te juro que nos veremos!

ACTO SEGUNDO

Salón del palacio imperial en Andrinópolis. Puertas a la izquierda y al fondo. Ventana a la derecha.

Escena I

ALEJO, en la escena; BERENGUER, que viene por el fondo.

BERENG.
¿Y el César?

ALEJO.
Al aposento
del emperador pasó
ya ha tiempo...

BERENG.
¿Y no ha vuelto?

ALEJO.
No;
esperadle aquí un momento.

BERENG.
Y un año le esperaría.

ALEJO.
¿Pues?

BERENG.
Ha venido un soldado
del campo.

ALEJO.
¿Y qué?

BERENG.
Le ha enviado
aquí la almogavaría.

ALEJO.
¿Y qué quiere? aunque sospecho...

BERENG.
La gente no está contenta,
y siente con esta afrenta

hervir la sangre en el pecho.

Escena II

DICHOS y ROGER. Los CAPITANES ARAGONESES y CATALANES empiezan a aparecer en la puerta del fondo, y llenan poco a poco la escena.

ROGER.
¿Qué es esto?

BERENG.
Que los apuros
crecen: furiosa la gente
porque no se la consiente
atravesar estos muros,
soporta mal su desaire.

ROGER.
¿Se atreverán por ventura?...

BERENG.
Está la atmósfera oscura
y huele a tormenta el aire.

ROGER.
¡Vive Dios! si algún osado...

BERENG.
Malo es que tengan razón.
¿Ha de ser todo opresión
para el mísero soldado?

ROGER.
¿Tienen razón?

BERENG.
Cosa clara.
-Aquí os envían un hombre
para hablaros en su nombre.

ROGER.
¿Quién es?

BERENG.

Perich de Naclara.

ROGER.

A mí no me asustan fieros;
pero antes de recibir
el mensaje, quiero oír
vuestra opinión, caballeros.

BERENG.

Ateneos a mis informes
en lo que toca a ese asunto.

ROGER.

¿Por qué?

BERENG.

Porque en este punto
estamos todos conformes.

ROGER.

¿Hay algún noble agraviado
entre los presentes?

BERENG.

No.

ROGER.

En ese caso...

BERENG.

Es que yo
me quejo por el soldado.
Él es aquí el brazo fuerte,
-¡no me quitéis que le alabe!
y ninguno mejor sabe
dar y recibir la muerte.
A pie, con males prolijos,
hambriento y de cualquier modo,
sabe lidiar. -Sobre todo,
mis soldados son mis hijos.

ROGER.

También los míos.

BERENG.

Y rabio

cuando alguno los insulta.
-¡César! A nadie se oculta
y a todos toca el agravio.
¡Sí! tras de pagar su fiel
conducta con mano avara,
les ha azotado la cara
el emperador Miguel.

ROGER.

Pues yo presumo, y quizás
más que nadie el hecho siento,
que no ha tenido ese intento:
que hay un error y no más.

BERENG.

Mas si persiste en su error...

ROGER.

¿Qué haremos?

BERENG.

La cosa es llana:
arrojar por la ventana
palacio y emperador.

ROGER.

¡Berenguer!

BERENG.

A tanto ultraje,
que ni al soldado se esconde
yo sé cómo se responde:
rompiéndole el homenaje.

ROGER.

¿Y qué más?

BERENG.

Con vuestra venia,
os diré lo que yo haría:
conquistar la Romanía
y la Natolia y la Armenia,
y agitando de Aragón
el generoso estandarte,
volver la vista a otra parte
que ya os dice el corazón.

ROGER.

¡Calla, Berenguer! desbarras.

BERENG.

A esa región española
donde Don Jaime tremola
las cinco sangrientas barras.
Y ¡ése!, y ése es nuestro rey
natural, bravo, clemente,
bizarro, y sobre valiente,
honrado que guarda ley.
-Yo le diría: «Aquí estamos!
toda esta tierra traidora
nos insultó; pero ahora
somos nosotros los amos.
Si tierras ganáis ahí,
nosotros, sin darnos treguas,
conquistamos ya más leguas
que españoles hay aquí.
El pie de nuestros caballos
remachó su cautiverio:
ahí os damos un imperio
con millones de vasallos.»

(Muestras de aprobación en los capitanes.)

ROGER.

¿Has acabado?

BERENG.

Conmigo
no jugara.

ROGER.

Eres mancebo.

BERENG.

Lo mejor es que me atrevo
a hacerlo como lo digo.

ROGER.

No tengo que preguntar
vuestra opinión, pues ya veo
que halaga vuestro deseo
proyecto tan singular:

y a haber causa, no quedara
en ilusiones por mí.
-Entre ese soldado.

BERENG.
Aquí
le tenéis ya.

Escena III

DICHOS y PERICH DE NACLARA.

ROGER.
Di, Naclara.

NACLARA
Pues... hablando con respeto
os advierto que la gente
ha días que anda impaciente,
y murmura... y no en secreto.
Todos se llaman a engaño,
y ya con cierto descoco
dicen que el provecho es poco
aquí donde es mucho el daño.
Que esta guerra es tan cruel,
señor, tras de no ser breve,
que no hay hombre que no lleve
como reliquia la piel.
Mas de esto, como soldados
que son, nadie se lamenta:
todos se han hecho la cuenta
de morir acuchillados;
pero es terrible pensión
la de ese negro ejercicio,
y bien merece el oficio
alguna compensación.

ROGER.
¿Y la gloria, di?

NACLARA
La gloria
acompañará a los nombres
que han de quedar de los hombres

guardados en la memoria;
mas para un pobre cualquiera
que sangre y vida aventura
y tendrá por sepultura
lejana tierra extranjera;
que su patria desampara
por... ¡no sé qué! -¡Me confundo!
¿Qué sabrá mañana el mundo
si hubo un Perich de Naclara?

ROGER.
¿Qué pedís?

NACLARA
Necesidad
al par que orgullo nos mueve:
denos lo que se nos debe
y entremos en la ciudad.

ROGER.
Sois impacientes y osados:
ya otra vez cuanto os debía
pagó Miguel.

NACLARA
¡Sí, a fe mía!
con escudos cercenados!
Les falta de su valor
más de un tercio: así nos dan
tan caro el mísero pan,
y el vino, que es lo peor.

ROGER.
De mi afecto sois testigos.
¿Qué puedo hacer?

NACLARA
Yo diría
a Miguel el mejor día:
«Dejamos de ser amigos.»

ROGER.
¿Aunque os pagará?

NACLARA
También:

y pues la puerta nos cierra
de la ciudad, haya guerra;
porque he oído no sé a quién,
pero soldado, decir
que en la escuela militar,
la muralla es para entrar,
la puerta para salir;
y pues Miguel se concierta
con esa infame canalla,
entremos por la muralla
y echémosle por la puerta.

ROGER.

¿Y no sabes que la muerte
puede costarte el consejo?

NACLARA

Por eso en el campo dejo
tantos que envidian mi suerte.

ROGER.

De condición poco mansa
eres.

NACLARA

Tengo aborrecida
con estas cosas la vida:
¡pues! y el que muere descansa.

BERENG.

Ya lo veis. (Aparte a Roger.)

ROGER.

¿Cómo has venido,
aquí? ¿por tu voluntad?

NACLARA

Sí, señor; mas la verdad,
los otros me han elegido.

ROGER.

Eso te valga.

NACLARA

(Con indiferencia.) Corriente.

ROGER.

Pero otra vez, sin remedio
te descuartizo. (No hay medio
de poder con esta gente.)

NACLARA

¿Qué respondo?...

ROGER.

Les dirás
que enfrenen su orgullo loco.

NACLARA

¿No más?

ROGER.

No más.

NACLARA

Es bien poco;
pero... puesto que hay más...
(Hace que se va.)

ROGER.

Y si esa audacia de nuevo
a usar volvieren conmigo,
no quedará sin castigo.

NACLARA

Mala respuesta les llevo. (Vase.)

Escena IV

DICHOS, menos NACLARA.

ROGER.

¡Señores! con amargura
vuestra conducta contemplo.
Demos al soldado ejemplo
de abnegación, de cordura.
Hablaemos a Miguel,
y veréis que os satisface
la queja.

BERENG.
¿Y si no lo hace?

ROGER.
Si no... rompemos con él.

BERENG.
¡Bravo! Y será lo mejor;
pero entretanto...

ROGER.
Entretanto,
¡silencio!

BERENG.
¡Si me atraganto
callando!

ROGER.
¡El emperador!

Escena V

DICHOS y el EMPERADOR MIGUEL.

ROGER.
¿Vos aquí? (Adelantándose a recibirle.)

MIGUEL.
¿Qué lo extrañas si te cuento
entre los míos? El deber lo ordena.

ROGER.
¡Vos señor, visitando mi aposento!
A mi cuello ponéis nueva cadena.

MIGUEL.
Pero ¿qué es lo que pasa, capitanes?
¿por qué el ceñudo rostro? ¿qué os sucede?

ROGER.
La vida militar toda es afanes.

MIGUEL.

¿Puede saberse lo que fue?

ROGER.

Sí puede.

Traidor seré si la verdad oculto.
De lo que hicisteis hoy, con amargura,
con bullicioso ardor, casi en tumulto
mi ejército murmura.

MIGUEL.

Siempre vuestros soldados los autores
son en mi imperio de insolencias tales.

ROGER.

Son fieles servidores,
aunque altivos, señor.

MIGUEL.

Son desleales.

ROGER.

¡Tan buenos como yo! Tal vez mejores.

MIGUEL.

¡Buenos! Dígalo el grito rencoroso
que sin cesar resuena
en mi imperio infeliz; ese impetuoso
rigor, que nada a contener alcanza;
esa soberbia, indómita pujanza
que vuestra propia autoridad no enfrena,
¿queréis que yo como virtud proclame?
¿que a ese ejército inquieto y turbulento
humilde la cerviz? yo no me siento
capaz de sacrificio tan infame.

ROGER.

Niño era aún, señor, de edad temprana,
cuando ceñido el cingulo guerrero,
a la defensa de la fe cristiana
corrí anhelante y desnudé este acero.
Veinte años de fatigas
en que abatió mi brazo venturoso
por haces las banderas enemigas,
responden del soldado
que nunca vio su nombre generoso
con dudas ultrajado.

Decid, señor: ¿y el hombre
que así el esmalte puro
conserva de su honor y de su nombre,
podrá mancharle aquí? ¡no! ¡yo os lo juro!
la pasión os engaña,
y yo nunca mi fama asociaría
a gentes sin honor.

BERENG.

¡Eso, seguro!
¡Pardiez! y fuera novedad extraña
contra el mejor blasón de sus mayores,
que aquí los hijos de la noble España
se echaran el borrón de los traidores.

ROGER.

Fadrique de Sicilia es buen testigo
de su lealtad, señor, cuando en Mesina,
en Génova y Provenza, con sus brazos
del francés enemigo
hicieron los ejércitos pedazos.
Él, ¡noble rey!, os contará en su abono
hazañas infinitas de esa gente,
fiera, como decís, loca, insolente,
que a vuestro padre aseguró en su trono.

MIGUEL.

«¿El trono de mi padre? ¿por ventura
presume tanto vuestro orgullo loco?
El trono de mi padre se asegura
en la lealtad de Grecia y su bravura,
y en este brazo que aún tenéis en poco.

ROGER.

Bien dije yo, señor: ¿por qué misterio
del turco las banderas desplegadas
pudieron una vez de vuestro imperio
con su sombra cubrir treinta jornadas?
¡Es que os bastaba vuestra fuerza sola!
Treinta jornadas, sí; toda la tierra
del Asia, que hoy nuestro pendón tremola,
y donde ayer con poderoso brío
derramaba el infiel, clamando guerra,
cristiana sangre en abundante río.
Constantinopla os contará su afrenta,
que después de cien ásperas batallas,

vio de Amurat la hueste turbulenta
con la espada sangrienta
amenazar sus débiles murallas.
Y ¡ay. de vosotros, si la mar, tendiendo
de sus aguas el dique poderoso,
no encadenara el ímpetu furioso
de los hijos de Agar! Pronto venciendo
el reducido espacio
con el fragor del huracán que zumba,
vuestro imperial palacio
de la griega altivez hoy fuera tumba.»

MIGUEL.

Eso es cierto, Roger, y yo confieso
que flacas nuestras manos
mal soportaban de la guerra el peso.
Vanamente al ardor de los alanos
y griegos acudí, que la memoria
de cien desastres abatió su brío:
¡vuestra ha sido la gloria,
el triunfo vuestro, y el desdoro mío!
Pero decid, si los que amigos fueron
a esta guerra llamados
y a nuestro lado a combatir vinieron,
con destructora saña
y más que los infieles despiadados,
nos hacen una afrenta a cada hazaña,
¿no es preferible nuestra antigua suerte
a la ignominia de que aquí nos venza
más que el berro enemigo la vergüenza?
¿Es mejor la deshonra que la muerte?

ROGER.

Doloroso ejercicio
el de las armas es; y todo gime,
todo tiembla en la tierra
donde la impía guerra
su dura planta imprime.
No hay mal que en pos no lleve,
ni crimen, ni dolor, ni sacrificio;
mas ¿quién su furia a contener se atreve?
Leyes dictad al huracán furioso
cuando sus iras con fragor desata,
y enfrenad el impulso vigoroso
del turbulento mar: sólo la mano
del Hacedor, ante quien todo, cede

y el ímpetu les presta sobrehumano,
a sus preceptos sujetarlos puede.

MIGUEL.

Pues bien: yo os juro aquí por mi corona
que he de ver, para ejemplo de otros reyes,
si a ese mar que de indómito blasona,
si a ese huracán que destrucción pregona
puedo yo, como Dios, imponer leyes.

ROGER.

Su imagen en la tierra
sois.

MIGUEL.

Mas dudáis de mi poder.

ROGER.

No dudo;
temo, sí, que encendáis con nueva guerra
todo el furor del huracán sañudo.
De tanta hazaña en pago,
¿qué habéis dado a ese ejército valiente?
desprecio y nada más: el ceño adusto
que se retrata siempre en vuestra frente,
para nosotros es perpetuo amago.
Creedme, señor; sed justo,
y acabará el estrago.

MIGUEL.

¿Qué quieren, pues, de mí?

ROGER.

¿Qué quieren? todo
lo que ofrecido fue.

MIGUEL.

¿Falté yo en nada?

BERENG.

Tres meses ha, y con esto ya se alteran,
mis pobres almogávares esperan
su mezquina soldada.

ROGER.

No les tienta del oro la codicia...

BERENG.

Pero el pan se les niega, y altanero,
vuestro pueblo, no sé, si con justicia,
se niega a recibir vuestro dinero.

MIGUEL.

¿Es posible?

BERENG.

Los griegos obstinados
y los aragoneses testarudos...
-O han de morir de hambre mis soldados
o hay que cambiar a palos los escudos.
Aquí siempre es cuaresma, y os advierto
que sin comer no hay hombre; esto es corriente:
valientes son mis españoles, cierto;
pero el hambre, señor, es más valiente.

MIGUEL.

No quiero que de ingrato
se me acuse jamás, ni de que pude
dar ocasión a tanto desacato;
y porque nadie dude
que oír la voz de la razón deseo,
aunque por ello falte a mi decoro,
he de apurar hoy mismo mi tesoro
y quedarán pagados.

BERENG.

(No te creo.)

ROGER.

Fuerza será si os duele su pobreza
y atar queréis las rigurosas manos
a su ardiente valor.

BERENG.

Pero aún no basta
si con su ley vuestro desdén contrasta;
si con público alarde, en mengua nuestra,
del amor que os merecen los alanos
hacéis, señor, tan repetida muestra.

MIGUEL.

Vasallos todos son.

BERENG.
Pero no hermanos.

MIGUEL.
¿Y si os prometo que entrarán mañana
en la ciudad?

ROGER.
Los ganaréis con eso:
mostradles vuestra gracia soberana.

MIGUEL.
Mas si se atreven al menor exceso...

ROGER.
No osarán.

MIGUEL.
De ese modo,
yo aseguro que puede vuestra gente
de mí esperar cuanto le plazca: todo
menos mi humillación.

BERENG.
Eso es corriente.

MIGUEL.
Hoy os daré mis órdenes. (Retirándose.)

ROGER.
Y espero
que no os ha de pesar: en la promesa
del soldado fiad, del caballero.

MIGUEL.
Lo sé, Roger: adiós, y en vos confío.

(Dirigiéndose a la puerta del fondo. Roger le acompaña.)

ROGER.
Adiós, señor.

(Se va el Emperador: los caballeros se retiran un momento después.)

BERENG.

(A Alejo.) Por Cristo, que me pesa
que haya acabado así; yo no me fío.

Escena VI

ROGER, BERENGUER y ALEJO; éste a la puerta del fondo.

ROGER.

No, Berenguer; también yo
de su lealtad sospeché;
pero estoy desengañado.

BERENG.

Quiera Dios que lo acertéis.

ROGER.

No lo dudes: ¿cómo puede
tanta bajeza caber
en el corazón de un hombre?

BERENG.

En ese punto, os diré.
Vos, señor, como criado
desde la inquieta niñez
de los mares procelosos
en el continuo vaivén,
no habéis tenido ocasión
de estudiar, de conocer
a este animal que llamamos
racional... no sé por qué.
Ni el ave que el aire cruza,
ni de las aguas el pez,
ni la fiera de los bosques
le igualan en lo cruel;
y si es cobarde, peor,
que entonces son de temer
las armas de su perfidia,
que hieren y no se ven.

ROGER.

Es decir que tú presumes
que el emperador Miguel...

BERENG.

Es cobarde.

ROGER.
Y por lo tanto...

BERENG.
Temible: todo es doblez.

ROGER.
Pues yo, imposible es que pueda
tanta infamia comprender:
déjame que las ignore
aunque mil muertes me den.

BERENG.
Mal haya la confianza
que a pícaros guarda ley,
y busca seguridades
donde no hay honra ni fe.
¡Y sufrir tanto desaire!

ROGER.
¡Vuelta a la tema otra vez!

BERENG.
Cuando hay motivo...

ROGER.
Te engañas.

BERENG.
Que muerte un traidor me dé...
-Donde están mis catalanes
y aragoneses, ¡pardiez!,
¡ningún soldado del mundo
delante me han de poner!
Y esto que digo, señor,
aquí lo sustentaré
contra estos griegos y alanos
con un hombre para diez.

ROGER.
Y si hay quien dudarle pueda
un instante, Berenguer,
mi espada y mi sangre toda
en su probanza pondré;

pero el mundo, que asombrado
de su heroica intrepidez,
los vio en Asia y en Europa
conquistar tanto laurel,
ése será de sus hechos
más admirador que juez.
Italia, que de valientes
noble madre también es,
bajo su cielo amoroso,
como sabes, me dió el ser;
y sin embargo, a tu España
tan grande afición cobré,
que por madre la escogiera
si se escogiera el nacer.

BERENG.

Pues por eso os he elegido
por mi jefe, ¡voto a quien!...

ROGER.

Ése es mi mayor orgullo.
¿Dónde no podrá vencer
quien manda a tales soldados?

BERENG.

Cada cual es un Luzbel.

ROGER.

Sólo en ellos me disgusta...

BERENG.

¡Cómo! ¿decís?

ROGER.

Que no es bien
permitir que con excesos
lleguen su fama a perder.
La Armenia y Tracia assoladas
se lamentan...

BERENG.

Bien; y ¿qué?
Vos lo habéis dicho: ¡la guerra!...
y el soldado ha menester
cierta libertad; ¡pues digo!
¿son frailes de la Merced?

¿No están vertiendo su sangre
con noble desinterés
por una nación extraña
esclava del turco ayer?
Lo que a fuerza de lanzadas
arrancamos al infiel
es nuestro, y pague la pena
el que tal no supo hacer.

ROGER.

¡Eso no! Los que buscaron
en nuestro valor y fe
remedio a sus desventuras
y como a hermanos nos ven,
en su noble confianza
nos dieron la mayor prez
que estimar debe el soldado;
la recompensa es después.

BERENG.

Decís las cosas de un modo...

ROGER.

Marcha al punto a disponer
que en marciales ejercicios
el campo ocupado esté.
Suele ser el ocio causa
de esos males.

BERENG.

Voy a hacer
lo que me mandáis.

ROGER.

En breve
a vuestro lado estaré. (Vase por el fondo.)

Escena VII

BERENGUER, ALEJO.

BERENG.

Tú, que a los griegos conoces,
¿qué opinas?

ALEJO.
Que decís bien.

BERENG.
Me alegro de que así pienses.

ALEJO.
Velad...

BERENG.
No me dormiré. (Vase.)

Escena VIII

ALEJO; luego MARÍA, por la izquierda.

ALEJO.
¿Sabes tú si el peligro me acobarda?
Yo sólo temo y con angustia lloro
mi horrible duda, y la ocasión que tarda
en llevarme a los pies de la que adoro.
-¿Será mi afán inútil? de mi empeño,
¿qué puedo prometerme? ¿dónde, dónde
la que es de mi alma y de mi vida dueño,
fortuna siempre infiel, ahora se esconde?

MARÍA.
(¿Quién aquí?)

ALEJO.
¿Si el olvido o la inconstancia
rompió estos lazos? ¡ay! ¡si esta hechicera
dulce memoria de mi loca infancia,
término acaso de mis dichas fuera!

MARÍA.
¡Ese rostro!... ¡imposible!
(Acercándose a Alejo en ademán de reconocerle.)

ALEJO.
(Viéndola.) ¿Es sueño mío?
¿es ilusión que engendra mi deseo?

MARÍA.

¡Alejo!

ALEJO.

¡No, mi Dios; no desvarío!

¿Posible es que te hallé? ¿que al fin te veo?

MARÍA.

(¡Desdicha mía!)

ALEJO.

Mas ¿por qué de enojos

en vez de amor, se cubre tu semblante?

¿por qué no vuelves hacia mí tus ojos?

¡soy yo! ¡tu esclavo! ¡tu dichoso amante!

MARÍA.

¡Callad! (Ocultando el rostro.)

ALEJO.

(Con alegría) ¡Es el rubor que a la mejilla
con vivas tintas de carmín colora!

¡no me ha olvidado, no! pura y sencilla
la prometida fe guardó hasta ahora.

-¿No es verdad? ¿no es verdad? ¡oh, qué fiel eres!

¡qué buena y qué leal! ¡y hay quien nos jura
que no es firme el amor en las mujeres!

MARÍA.

¡Silencio, por piedad!

ALEJO.

¿Hay tal ventura!

MARÍA.

¡Insensato!

ALEJO.

¿Por qué?

MARÍA.

¡Cuánto me pesa

de lastimar su corazón!

ALEJO.

¡Dios santo!

¿olvidada tal vez de tu promesa?...

MARÍA.

El tiempo y mi deber pudieron tanto.

ALEJO.

No lo acierto a creer.

MARÍA.

A pesar vuestro
os debo la verdad: se rompió el nudo,
sencillo lazo del cariño nuestro.

ALEJO.

Te estoy oyendo y sin embargo dudo.
¡Infidel!... ¡eres infiel!

MARÍA.

Dadme ese nombre:
yo os lo perdonaré, si eso os agrada.

ALEJO.

Mas solo eres crüel, y ningún hombre...

MARÍA.

Os engañáis, Alejo; estoy casada. (Pausa.)

ALEJO.

Y yo que la adoré como se adora
en la primera edad, con fe tan pura,
porque, insensato, imaginé en mal hora
que era igual su candor a su hermosura!
¿Y quién no lo dijera? ¿quién pensara
que lo que amor creyó fuesen engaños,
y que tan tierno corazón guardara
tantas perfidias en tan pocos años?

MARÍA.

¡Injusto sois! (Con dulzura.)

ALEJO.

Pues si verdad dijiste,
dame una excusa; si tu amor fué cierto,
¿cómo torcer tu inclinación pudiste?
¿infidel acaso me juzgaste o muerto?

MARÍA.

No.

ALEJO.

¿Te vendieron y el rigor padeces
del que es tu dueño?

MARÍA.

No.

ALEJO.

¿Qué es lo que escucho!
Dime, por compasión, que le aborreces.

MARÍA.

¡Engañaros! ¡jamás! ¡Le quiero... y mucho!

ALEJO.

¡Maldito el día en que te vi! ¡maldito
aquel en que a la vida me arrojaron
con estrella tan pérfida, y el grito
que me arrancó el nacer en mí no ahogaron!

MARÍA.

¡Qué! ¿no hay, Alejo, a vuestro mal remedio?
el tiempo...

ALEJO.

¿Qué decís?

MARÍA.

Todo lo muda.

ALEJO.

¡Oh! Si entre muerte y vida hay algún medio,
tenéis razón; lo encontraré sin duda.

MARÍA.

En otro amor tal vez...

ALEJO.

Antes la muerte.

MARÍA.

¿Todo ha de ser a consolarle en vano?

ALEJO.

¡Imposible!, ¡imposible!

MARÍA.

De otra suerte
aún me podéis amar: como un hermano.

ALEJO.

¡Oh santo amor! pero también, María,
de ese cariño el desencanto lloro;
la que hermana llamé, profanó impía
de mis mayores el mejor tesoro.
Una vendió mi amor y otra mi nombre.
¿Qué cariño, qué fe, qué confianza
merece una mujer? ¡Necio es el hombre
que en ellas pone afectos y esperanza!

MARÍA.

Escuchad: cuando, niños, nos amamos,
nunca en nuestro inocente desatino
los ocultos misterios indagamos
que pudiera encerrar nuestro destino.
A vuestros ojos, yo, pobre villana
era no más.

ALEJO.

Y yo, mintiendo el traje,
con mengua de mi estirpe soberana,
te oculté el esplendor de mi linaje.
-¿A qué, entonces, turbar nuestra ventura?

MARÍA.

¿A qué daros entonces tal sorpresa?

ALEJO.

Compite con el sol mi raza pura.

MARÍA.

Y yo soy de los búlgaros princesa.

ALEJO.

¡Señora! ¡Vos!

MARÍA.

Ya veis si era insensata
vuestra afición.

ALEJO.

Es cierto: ¡un imposible
ha perseguido mi fortuna ingrata!
Tras de tanto esperar ¡esto es posible!

MARÍA.

Basta.

ALEJO.

Sí, ya lo sé; la noble esposa
del valiente Rogerio, no es ya aquella
tierna y sencilla joven que amorosa
mi carino escuchó.

MARÍA.

No; ya no es ella.
-Y basta ya.

ALEJO.

Vuestra elección, señora,
ennoblece mi amor: llamadme hermano
para que pueda serlo desde ahora
del que es dueño feliz de vuestra mano.

MARÍA.

¡Qué! ¿tanto le queréis?

ALEJO.

¡Me dió la vida!
héroe le admiro y le venero pío.

MARÍA.

¡Cómo os escucho, Alejo, agradecida!
-¡Amémosle los dos, hermano mío!

ALEJO.

¡Gracias!

MARÍA.

Y si traidor alguno piensa
su sangre derramar...

ALEJO.

Como un precepto
contemplaré morir en su defensa:

lo juro a vuestros pies. (Hincando una rodilla.)

MARÍA.
Y yo lo acepto.

Escena IX

DICHOS e IRENE.

IRENE.
¡Señora!

MARÍA.
¡Irene!

IRENE.
(No fue
insensata presunción.)
Perdonad mi indiscreción.

MARÍA.
¡Indiscreción? ¿y por qué?

IRENE.
Dígalo vuestra mejilla
y el rubor que en ella noto.
Sólo de amante o devoto
dobla el hombre la rodilla.

MARÍA.
¿Qué queréis decirme?

IRENE.
¿Qué? (Con ironía)

MARÍA.
Mi propia opinión me escuda.

IRENE.
En que sois bella, no hay duda:
¿sois santa? yo no lo sé.

MARÍA.
¡Irene! (Con altivez.)

ALEJO.

¿Cómo, imprudente;
cómo a tan alta señora
te atreves?...

MARÍA.

Como es ahora
dueña de Grecia esta gente,
no extrañéis tales ultrajes
ni que insulte mi nobleza;
todo cabe en la rudeza
de esas comarcas salvajes,
donde entre hielos prolijos,
impropias de humanos seres,
viven pueblos mercaderes
de la sangre de sus hijos.
Gentes son que nuestra tierra
deshonran; plantas extrañas
que ha arrancado a sus montañas
la convulsión de la guerra.

IRENE.

Yo os confieso que es verdad:
pobres somos; maltratados
del cielo, y no acostumbrados
al ocio y la vanidad.
Y aunque encierra multitud
de altos hechos nuestra historia,
no queremos otra gloria
que la que da la virtud.
Idólatras del honor,
sin orgullosos alardes,
vendemos a los cobardes
nuestro indomable valor.

MARÍA.

¡Basta, Irene! Si indolente
Miguel, que yo no lo hiciera,
los desafueros tolera
de vuestra raza insolente;
si ciego y débil inmola
su patria a esa tiranía,
yo no soy desde este día
griega, ¡no!, soy española.
Aquí la noble altivez

de mi nueva patria siento
y desmanes no consiento;
sabedlo para otra vez. (Vase.)

Escena X

IRENE, ALEJO.

IRENE.
¡Airada va!

ALEJO.
Y con razón:
la has agraviado.

IRENE.
¡Qué necio
orgullo! ¡Con qué desprecio,
con qué altiva presunción
ha insultado a nuestra raza!

ALEJO.
¡Oh, no! el enojo la ciega.

IRENE.
Yo he de vengarme en la griega
de su insolente amenaza.

ALEJO.
¿Tú? ¿qué dices? no harás tal.

IRENE.
¿No?

ALEJO.
¡No! o desde este momento
cambio en aborrecimiento
mi cariño fraternal.

IRENE.
¡Cuánto la amas!

ALEJO.
¡No lo digas!

IRENE.
¿Verdad?

ALEJO.
Sí, y harto lo lloro;
amarla es poco, la adoro,
ya que a decirlo me obligas.
Pero con tan negra suerte,
que si en mi pecho cupiera
una esperanza, supiera
ahogarla yo con mi muerte.

IRENE.
Y ¡amas!

ALEJO.
Pese a tu ironía,
sí; mas también la venero.

IRENE.
¡Pobre amante!

ALEJO.
Más la quiero
inocente que no mía.
-Déjame que en su pureza
crea.

IRENE.
Tú la diste, aún niño,
todo el ardiente cariño
del hombre que a amar empieza.

ALEJO.
¡Es cierto!

IRENE.
Y ya en otros lazos
olvida el amor primero.

ALEJO.
Sí; pero al hombre venero
que la recibió en sus brazos.

IRENE.

¿Qué afecto es el tuyo, di,
que ni aun con celos te inflama?
¡Ay, si ardieras en la llama
que está abrasándome aquí!

ALEJO.
¡Tú!...

IRENE.
No des a tus desvelos
de amor el impropio nombre:
tú, Alejo, tú, que eres hombre,
no sabes... ni aun tener celos!

Escena XI

DICHOS y GIRCÓN, por el fondo.

ALEJO.
¡Mi padre!

IRENE.
¿Por qué has mudado
de color?

ALEJO.
Irene, calla.

IRENE.
¿Qué es eso, padre? ¿Cuál es
de esa indignación la causa?
¿con quién tenéis el enojo?
¿es conmigo?

GIRCÓN.
¿Con quién hablas?

IRENE.
Con mi hermano y vuestro hijo;
¿no le veis? ¡escosa extraña!

GIRCÓN.
¡Mi hijo! yo no tengo ya
hijos: si miente su cara,

no miente mi corazón,
que enojado le rechaza.

ALEJO.
¡Basta, padre mío!

GIRCÓN.
¡Vete,
infeliz!

IRENE.
¡Señor! ¡ya basta!

ALEJO.
No le ruegues: inflexible
como mi suerte inhumana,
ni mi razón le convence
ni mis súplicas le ablandan.

IRENE.
Pero ¿qué motiva, padre,
tal rigor? ¿En qué os agravia
Alejo?

GIRCÓN.
¡Nunca volviera
para deshorrar mis canas!
¿No lo ves? de nuestros padres
olvidando la ley santa,
sigue enemigos pendones
y esgrime extranjeras armas.

ALEJO.
El honor lo quiere.

GIRCÓN.
Y dime:
¿si entre esa infame canalla,
¡óyeme y tiembla!, estuviera
el que deshonoró a tu hermana?

ALEJO.
¿Qué decís, padre? ¡Dios justo!
-¿Qué dudáis? una palabra
pronunciad: ¡su nombre!

GIRCÓN.

(¡Cómo
esa indignación me agrada!)
-¿Y si es grande?...

ALEJO.

¿Qué me importa?

GIRCÓN.

¿Y si es poderoso y manda?

ALEJO.

¿Será inmortal? pues si puede
morir, con eso me basta.

IRENE.

(¡Padre! ¿qué hacéis? ¡arriesgar
su vida!...) (Aparte a Gircón.)

ALEJO.

¿Por qué no acaba?
¡Su nombre!

GIRCÓN.

¿Y nos vengarás?

ALEJO.

La duda sola me agravia.

GIRCÓN.

Necesito oírlo. -Escucha:
y si yo te digo «¡mata!»,
¿matarás?

ALEJO.

¿Pues qué he buscado
seis años con vivas ansias?
Quien tanto tiempo ha sufrido
de la fortuna contraria
los reveses, renunciando
hasta al calor de su casa;
quien sufrió desnudez, hambre,
con firme, con obstinada
resolución, ¿qué podía
buscar sino una venganza?

GIRCÓN.

Así te quiero.

ALEJO.

Decid;
¿quién es ese hombre?

GIRCÓN.

Mañana.

ALEJO.

Es tarde.

GIRCÓN.

¿No has aguardado
seis años.

ALEJO.

Sin esperanza,
sí; pero con ella son
las horas mucho más largas.

GIRCÓN.

Ahora no es posible: sufre
entretanto; sufre y calla.

ALEJO.

¿Mas morirá?

GIRCÓN.

Si no tiembla
tu mano.

ALEJO.

Tal vez airada
temblará; mas cuando sienta
el acero en sus entrañas...

GIRCÓN.

A ese precio, te perdono;
¡ven a mis brazos! descansa. (Abrazándole.)
en ellos y cobra aliento:
se cumplirá tu esperanza.

ALEJO.

¡Oh, cómo mi corazón
se reanima! ¡gracias!, ¡gracias!

GIRCÓN.

Mi sangre en ti reconozco;
hijo de una noble patria!

ALEJO.

Pero ¿cómo habéis entrado
hasta aquí?

GIRCÓN.

En la confianza
de verte, de reducirte
al deber, que ya olvidabas.
Ahora que en tus ojos veo
ese ardor, no importa nada
que lo sepas, ¡hijo mío!,
tu ingratitud me mataba.

ALEJO.

¡Perdón!

GIRCÓN.

¡Perdonado quedas!

IRENE.

¡El emperador!

GIRCÓN.

¡Aparta!
déjanos: que ignore siempre
que hay un hombre de mi raza
entre esos hombres.

ALEJO.

Sí; os dejo.

(Te vengaré, pobre hermana.)

(Vase por la derecha: inmediatamente después sale Miguel por el fondo con algún séquito, que se quedará del lado afuera de la misma puerta.)

Escena XII

MIGUEL, IRENE, GIRCÓN.

MIGUEL.

¿Qué me han dicho? tus soldados
¿no han de contener su audacia
ni a las puertas de mi corte?

GIRCÓN.
¡Mis soldados! pues ¿qué pasa?

MIGUEL.
Esta noche han asaltado
cobardemente a una dama:
a mi prima.

GIRCÓN.
Yo os prometo
indagar...

MIGUEL.
Está enojada.

GIRCÓN.
Haré un ejemplar castigo;
tanto, que la satisfaga.

MIGUEL.
Sí, no quiero que os acusen
de la conducta inhumana
que a esos hombres, cuando estoy
decidido a castigarla.

GIRCÓN.
¿Y cómo? los catalanes
esperan entrar mañana
en la ciudad.

MIGUEL.
No entrarán.

GIRCÓN.
Mas tienen vuestra palabra.

MIGUEL.
Ellos mismos la han de hacer
ineficaz.

GIRCÓN.
¿Por qué causa?

MIGUEL.
No estamos solos.

GIRCÓN.
No importa.

IRENE.
Las hijas de mis montañas
de los padres heredamos
el duro temple del alma.
Odiamos lo que ellos odian,
amamos lo que ellos aman,
y despreciando el peligro
presenciamos sus batallas.

MIGUEL.
Pues bien: diestros emisarios
entre los francos propagan
el descontento, moviendo
temor y desconfianza.

GIRCÓN.
Pero Roger...

MIGUEL.
Será el blanco
de su enojo.

GIRCÓN.
Y si no basta

MIGUEL.
Bastará si en imprudente
sedición el campo estalla.
Roger irá a contenerla...

GIRCÓN.
Mas si del peligro escapa...

MIGUEL.
Habrá ocasión para hacerlos
alejarse de estas murallas.

GIRCÓN.
¿Y Roger?

MIGUEL.
Se queda.

GIRCÓN.
¿Cómo?

MIGUEL.
Doy un banquete en mi alcázar
al héroe: en él hablaremos
de la próxima campaña.
-Se evita así la presencia
enojosa de las damas.
-¿Vas comprendiendo?- Se toma
ocasión de una palabra,
de un gesto: él es temerario...
y lo encomiendo a tu espada.

GIRCÓN.
Otra mano más segura
le herirá: la mía flaca
puede errar el golpe.

MIGUEL.
Tú
disponlo.

IRENE.
(¡Que Dios le valga!)

MIGUEL.
Mas por si acaso advertido,
interrumpiendo su marcha
revolviera el catalán
contra nosotros sus armas,
envié a Melich un hombre.

GIRCÓN.
¿Para qué?

MIGUEL.
Para que traiga
sus turcomanos.

IRENE.
(¡Cobarde!)

MIGUEL.

Y la cabeza cortada
de esa falange, será
ya fácil exterminarla.
Mas temo que el mensajero
no ha llegado, por desgracia
o traición, a su destino.

GIRCÓN.

Tal vez.

MIGUEL.

Lo cierto es que tarda.

GIRCÓN.

Y ¿qué queréis?

MIGUEL.

Necesito
un hombre, de confianza
que esta orden lleve.

IRENE.

(Si llega.)

GIRCÓN.

Lo tendréis.

MIGUEL.

De eso te encarga.
(Entregándole un pergamino arrollado.)

GIRCÓN.

Mas si por cualquier desdicha
el aviso no llegara...

MIGUEL.

En ese caso, tendremos
que dilatar la venganza.

GIRCÓN.

¿Qué teméis?

MIGUEL.

Todo lo temo.

Es valiente y temeraria
esa nación.

IRENE.
En efecto,
quien quiere acertar, aguarda.

GIRCÓN.
Sea.

MIGUEL.
Calma tu impaciencia.

GIRCÓN.
Con rencor, ¿quién tiene calma?

Escena XIII

DICHOS, MARÍA y ROGER por la izquierda. Miguel adelanta hacia ellos, y tomando la mano a María, la trae hacia el proscenio.

MIGUEL.
Ven, prima: en este momento
a Gircón he reprendido...

MARÍA.
(¡Irene!)

GIRCÓN.
A no haber salido,
señora, del campamento,
mi respeto o mi valor
os hubieran evitado...

MARÍA.
Ya lo hizo un bravo soldado.

GIRCÓN.
Usurpándome ese honor.

MIGUEL.
¡Y no me habéis dicho nada (A Roger.)
de esa acción escandalosa!

ROGER.

Los agravios a mi esposa
los venga sólo mi espada.

MARÍA.

No harás tal.

ROGER.

Los que, atrevidos,
osaron con mano aleve...

MARÍA.

El verdugo es el que debe
entenderse con bandidos.

GIRCÓN.

En mi gente es maravilla
tal infamia.

MARÍA.

¿Desde cuándo?

GIRCÓN.

Os juro que está asomando
el rubor a mi mejilla.
Mas yo sabré escarmentar
con rigor a mis alanos.

MARÍA.

¿Cómo?

GIRCÓN.

Matando villanos.

ROGER.

Muchos tenéis que matar.

GIRCÓN.

Si han cometido ese ultraje,
que yo con rubor contemplo,
los vuestros dan el ejemplo
entregándose al pillaje.
De ellos toman tales mañas.

ROGER.

¿Mis soldados de Aragón

asesinos?

GIRCÓN.

Ésas son
sus más heroicas hazañas.

ROGER.

¡Ellos, dechado, crisoles
de honor!

GIRCÓN.

Y de cobardía.

MIGUEL.

¡Basta!

ROGER.

¡No, por vida mía!
¡Cobardes mis españoles!

MIGUEL.

Callad.

ROGER.

¡No, señor! No puedo.
Cuando ese punto se toca
toda mi paciencia es poca.
-¿Quién negará su denuedo?
¡El valor! ¡si ésta es la joya
que mejor los engrandece!
y esta campaña oscurece
las maravillas de Troya.

MARÍA.

Cierto, y con razón te quejas.

ROGER.

¡Oh, cómo estáis olvidados
de que os hallé acorralados
como asustadas ovejas!

GIRCÓN.

Nadie domó nuestros cuellos.

ROGER.

¡De ira el corazón me late!

-¿Y cuándo, y en qué combate
hicisteis lo que hacen ellos?
Ya sospecho cuándo ha sido.
-Un día de su muralla,
en son de buscar batalla
os vi salir de Melido.
Mas tuvo el turco piedad
de esas turbas espantadas,
y a palos más que a lanzadas
os corrió hasta la ciudad.

MIGUEL.
Eran uno para tres.

ROGER.
¿Qué importa? no es ése el cuento:
yo con uno para ciento
los he vencido después.
-¿Y el recurso de morir?
Cuando está determinado
hasta ese extremo un soldado,
¿quién le puede hacer huir?
Pero amáis tanto la vida,
que sembrasteis las llanuras,
no de sangre, de armaduras
que arrojasteis en la huida,
y en vergonzoso tropel
volvisteis a vuestro encierro.
-¿Para qué vestirán hierro
los que no pueden con él?
mejor les convienen faldas.
Mas no hay turco, ¡vive Cristo!,
que se alabe de que ha visto
a un español las espaldas.

MIGUEL.
¡Basta, digo!

GIRCÓN.
¡No, señor!
Dejadle, y si nos afrenta,
¿qué importa?, así se alimenta
y crece nuestro rencor.
(Mirando con intención a Roger.)

MARÍA.

¡Rencor decís! ¿y por qué?
¿hay causa?

GIRCÓN.
Yo os la diría,
mas no es posible; algún día,
señora..., tal vez podré.

ROGER.
¡Gircón! ved lo que decís. (Aparte a Gircón.)

MIGUEL.
Si alguna vez averiguo...

GIRCÓN.
El odio nuestro es antiguo,
más de lo que presumís.

MIGUEL.
¡Gircón! ¿debo recordaros
que de mi imperio es Roger
César?

GIRCÓN.
No, no es menester,
señor, ¿para qué cansaros?
Mas cuando vine a esta tierra
en tiempo más peligroso,
y abandoné mi reposo
por lidiar en esta guerra,
pleito homenaje presté
a vuestro padre, y ¡él sabe
si guardé hasta donde cabe
la más acendrada fe!
Mas no ofrecí respetar,
ni yo mi orgullo esclavizo,
a un oscuro advenedizo
que ni aun me puede igualar.

ROGER.
¡Desdichado!

GIRCÓN.
¿Dónde empieza
su nobleza?

MARÍA.

En su renombre,
en sus hechos; para el hombre
ésta es la mejor nobleza.
Y por si le es necesaria
la heredada jerarquía,
la tiene por él María,
la princesa de Bulgaria.

GIRCÓN.

Ésa es su mejor victoria

MARÍA.

Antes pienso que si brillo
es por el noble caudillo
que me ha prestado su gloria.

Escena XIV

DICHOS, BERENGUER y ALEJO.

BERENGUER:

Señor, vuestra orden cumplí.

ALEJO.

(¡Era ella! ¡deliro o sueño!)

ROGER.

¿Y qué?

BERENG.

Puse en ello empeño,
y ¡es claro! lo conseguí.

ROGER.

¿Quién es?

BERENG.

En callar se empeña;
pero...

ROGER.

¿No está satisfecho?...

BERENG.

Tiene una herida en el pecho;
no puede ocultar la seña.

MIGUEL.

¿Qué es eso?

ALEJO.

(¡Fortuna mía!)

ROGER.

En vano he solicitado
hasta ahora hallar al soldado,
al defensor de María,
y así ordené al capitán
Berenguer que en el instante
le buscase.

MARÍA.

Es arrogante
con extremo el catalán.

BERENG.

Esta noche no faltó
del campo otro alguno.

ROGER.

Di
su nombre.

BERENG.

Miradle allí. (Señala a Alejo.)

GIRCÓN.

(¡Alejo!)

ROGER.

¿Tú eres?

ALEJO.

Sí: yo.

Mas ¿qué singular proeza
fue aquella para que asombre?
¿No es obligación del hombre
proteger a la belleza?

ROGER.

Señor, es su condición
más de lo que aquí parece.

MIGUEL.

Tu acción es tal que merece
de mi mano un galardón,
y yo a pagarte obligado
quedo, por ti y por quien soy.

ALEJO.

Yo, señor, de todo estoy
muy largamente pagado.

MIGUEL.

¿Cómo?... (Con admiración.)

IRENE.

Dice bien, señor;
no nos robéis nuestros fueros.
Villanos y caballeros
prefieren otro favor:
y dama tan noble y bella,
harto pagará esa hazaña
al un lienzo suyo restaña
la sangre que dió por ella.

MARÍA.

(¡Qué dice!)

ALEJO.

(¡Me ahoga la ira!)

MARÍA.

(¡Gran Dios!)

MIGUEL.

Dice bien Irene:
quien tanta nobleza tiene
a recompensas no aspira.

ALEJO.

Pagué una deuda sagrada. (A María.)

MARÍA.

(¡A mirarle no me atrevo!)

ALEJO.
Yo la vida también debo
de vuestro esposo a la espada.

ROGER.
No, Alejo; engañado estás
en eso; tuya es la palma;
yo te debo vida y alma,
(Mirando con amor a María.)
y tú la vida no más.

MARÍA.
(¡Qué noble y qué generoso!)

ALEJO.
Basta, señor. (Confuso.)

MIGUEL.
Es verdad.
-Adiós, prima, y descansad;
necesitáis de reposo.
-Soldado, en obligación (A Alejo.)
quedo.

ALEJO.
¡Inútil ha de ser!

MARÍA.
(¡Santo Dios! ¡Esta mujer
ha de ser mi perdición!)

(Se retira el emperador por el fondo, seguido de Gircón, Irene y Berenguer.)

Escena XV

MARÍA, ROGER; ALEJO en el fondo.

ROGER.
¿María?

MARÍA.
¿Qué, señor?

ROGER.

Alza tu frente.

No sé por qué, pero intranquila quedas.

MARÍA.

Es cierto: las palabras de ese hombre
en mis oídos temerosas suenan.

¿Qué motiva sus iras? ¿de qué nace
su implacable rencor? ¿hay quien se atreva
a negar tu virtud? ¡mas no te odiara
Gircón, si como yo te conociera!

(Alejo desde este momento presta cuidadosa atención al diálogo, avanzando de cuando en cuando hacia el proscenio.)

ROGER.

Injusto es su rencor.

MARÍA.

¿Pero qué dijo?

Antiguo el odio es ya... ¿no lo recuerdas?

ROGER.

Y es la verdad; escucha. Guarda el paso,
(A Alejo.)

Alejo.

ALEJO.

Descuidad; estaré alerta.

(Con intención. Roger y María se sientan junto al proscenio a la izquierda del actor.)

ROGER.

Oye.

ALEJO.

(¿Qué va a decir?)

ROGER.

Cuando a la orilla
de la antigua Bizancio, en son de guerra
arribaron las huestes catalanas
llamadas del imperio a la defensa,
ya era la vez segunda que pisaba
su caudillo feliz tu noble tierra.
Años antes, salvando la estrechura
del Bósforo de Tracia, una galera,

que ostentaba la cruz de los Templarios,
en vuestras playas amainó sus velas.
Era el famoso Halcón, hermosa nave
a la par invencible que ligera,
orgullo del mancebo que en su espalda
desafiaba al mar y a las tormentas.
Ese mancebo, que a sus pocos años
azote ya de los infieles era,
osado y con fortuna, sonreía
a sus sueños de gloria y de grandeza.
La gloria, los peligros, el sangriento
destrozado botín de la pelea,
éstos fueron los únicos placeres
de su fogosa juventud inquieta.
Pero llegó un momento en que, buscando
con instintivo afán venturas nuevas,
sintió en su corazón esa imperiosa
necesidad de amar que al hombre aqueja.
Bajo este influjo ardiente, ante sus ojos
vio un día aparecer, cándida y bella,
una mujer... ¡Perdona!

MARÍA.

(Dios me preste
para escuchar mis celos fortaleza!)

ROGER.

Ya lo dije, era hermosa, pero altiva:
vástago de esa raza masageta
de corazón fogoso, que ama y odia
con toda la intención de su fiereza.
Y el osado marino, que arrostraba
del mar y de los cielos la inclemencia
y el horrible fragor de los combates
con alta frente y majestad serena,
tembló y palideció bajo la pura
mirada de la tímida doncella,
y hervir sintió en su pecho impetuoso
de aquel amor la sensación primera.

ALEJO.

(¡Dios sostenga mi mano!)

ROGER.

Llegó un día
en que la joven escuchó sus quejas,

y al contagio fatal de su cariño
 facilitó del corazón las sendas.
 Amó y amada fue; mas de tal suerte,
 con tanta ceguedad, que pronto en ella
 hondo y devorador remordimiento
 el lugar ocupó de su inocencia.

(Desde este momento, María, que ha notado la emoción de Alejo, le mira repetidas veces con zozobra.)

ALEJO.
 (¿Podré dudar?...)

ROGER.
 Pero el dichoso amante
 pagar quiso a su vez tan alta prueba
 de abnegación y amor, legitimando
 de aquella unión la criminal cadena.
 Una mañana, respirando gozo,
 llamaban los culpables a la puerta
 de solitaria ermita en que vivía
 lejos del mundo oscuro anacoreta.
 «¡Benedicidnos!», dijeron: «nuestra falta
 a los ojos de Dios disculpa tenga;
 nuestras manos unid en santo nudo
 y esposos castos los amantes sean.»

ALEJO.
 (¡Ah!) (Respirando con alegría.)

MARÍA.
 ¡Bien, Roger!
 (Mirando con satisfacción a Alejo.)

ROGER.
 Nuestra pesada carga
 fue desde entonces plácida y ligera,
 y recobró su calma y su alegría
 la que expiraba de terror y pena.

ALEJO.
 (¡Hermana mía!)

MARÍA.
 Di.

ROGER.

Pero una noche,
pálido el rostro, respirando apenas,
hora tras hora la angustiada niña
la vuelta en vano de su esposo espera.
Pasa otra noche y otra, y en su estancia
con afán palpitante escucha y tiembla
si algún rumor que engaña su deseo
hasta el rincón donde suspira llega.
Desusado clamor, horribles gritos
escucha un día, y desalada y trémula
a averiguar la causa lastimosa
una fatal curiosidad la lleva.
Un hombre, un criminal, con tardo paso
al suplicio camina: fija en ella
torva sonrisa, y cae la desdichada
lanzando un grito de terror.

MARÍA.

¿Quién era?

ROGER.

El mentido eremita, que ocultaba
bajo el inmune manto de la Iglesia
crímenes inauditos. -Margarita
de su esposo también tuvo sospechas.
-En fin, creyóse la infeliz burlada,
y del dolor vencida y de su afrenta,
cayó a las plantas de su padre anciano,
cubierto el rostro de mortal tristeza.

ALEJO.

(¡No puedo más!)

ROGER.

Mostrándole su seno
preparado a la muerte y sin defensa,
su amor le confesó, lloró su culpa,
y esperó resignada la sentencia.

MARÍA.

El anciano, sin duda, como padre,
perdonó.

ROGER.

¡Perdonar! tanta flaqueza...

tan noble sentimiento, no es posible
que en esos negros corazones quepa.

MARÍA.

Te engañas. (Mirando a Alejo.)

ROGER.

¡Ya verás! La pobre mártir
al arrostrar la indómita soberbia
de aquel padre feroz, tal vez creía
encontrar el perdón de su imprudencia.

MARÍA.

¿No fué así?

ROGER.

¡No, María! Desoyendo
la voz de aquel dolor, sólo a su afrenta
prestó dócil oído, y a la ira
se abandonó su corazón de hiena.
La mano de su juez desapiadado
sintió la joven en el rostro impresa,
y fué lanzada de la tribu impía
como objeto de escándalo y vergüenza.

ALEJO.

(¡Margarita!)

ROGER.

Al hallarse de la noche
en medio de las lóbregas tinieblas
sola, la que vivía acompañada,
pobre, la que nadaba en la opulencia,
desfalleció sin duda su constancia,
y de la muerte acarició la idea.
Vio a sus pies de repente abalanzarse
del Bósforo las aguas turbulentas,
y al otro día a la cercana orilla
las turbias ondas la arrojaron muerta.

MARÍA.

Y el hombre que causó su desventura...

ROGER.

No la olvidé jamás: si en apariencia,
infidel, abandonarla parecía,

no fué su culpa, no; más de su estrella.
 Su deber de soldado, la imperiosa
 inexorable voz de la obediencia,
 súbito de su lado le apartaron
 sin poderla avisar; pero a su vuelta,
 palpitando de amor y de esperanza,
 de Margarita en la desierta reja
 una vez y otra vez, ya con zozobra,
 hizo sonar la acostumbrada seña.
 Y allí sin duda le encontrara el día
 con su dolor luchando, si una sierva,
 confidente leal de sus amores,
 de su inútil afán no le advirtiera.
 Por ella la catástrofe espantosa
 supo el triste mancebo; ardió en sus venas
 insensato furor, y ante su cólera
 atropelló de la mansión las puertas.
 Enfrente allí del miserable anciano,
 que devorando lágrimas acerbas
 tal vez de su rigor se arrepentía,
 mi esposa estaba en el sudario envuelta.
 ¡Terrible fué aquel trance! imprecaciones,
 gritos, sollozos, amenazas fieras
 resonaron allí! ¡Cortejo horrible
 que acompañaba a mi esperanza muerta!

(Pausa.)

MARÍA.
 ¿No es verdad que ante Dios de ese cariño
 los tiernos lazos renovado hubieras
 a no estorbarlo de su padre el crimen?

ROGER.
 Lo juro por mi honor.

MARÍA.
 ¡Pues bien! desecha
 esa memoria amarga, y cuando tanto
 tu corazón y tu dolor no puedan,
 para el tirano autor de tu infortunio
 todo el castigo de la culpa sea.

ALEJO.
 Perdonadme. (Adelantándose.)

ROGER.
¿Qué es eso?

ALEJO.
Aún no ha acabado
la triste relación de esa tragedia;
yo la sé.

ROGER.
¡Tú! ¿es posible?

ALEJO.
De un hermano
de la niña infeliz la historia queda.

ROGER.
Y ese hermano...

ALEJO.
Buscando al que juzgaba
infame burlador de su pureza,
por vengar a su pobre Margarita
seis largos años recorrió la tierra.

MARÍA.
(¡Dios nos tenga piedad!)

ALEJO.
Y allá en Italia,
¡ved qué grande es, señor, la Providencia!,
al hombre a quien solícito buscaba
debió la vida sin saber que él era.

ROGER.
¡Sigue, sigue!

ALEJO.
Pero hoy que de sus ojos
arrancó la verdad la torpe venda,
temblando de emoción, le dice: «¡Hermano,
la que murió por ti, por ti me ruega!»

ROGER.
¡Hermano!
(Abriéndole los brazos, en los que se arroja Alejo.)

ALEJO.

¡Gracias, gracias! -¿Veis, señora,
cómo tuvo mi afán su recompensa?
Me ha llamado su hermano, ¡y ese nombre
vale... toda la sangre de mis venas!

Escena XVI

DICHOS y GIRCÓN por el fondo.

GIRCÓN.

¿Roger?

MARÍA.

(¿Aquí este hombre?)

GIRCÓN.

Vuestro campo
alborotado está y en armas queda.

ROGER.

¿Eso es posible?

GIRCÓN.

Gritos y amenazas
profieren, y hablan de romper las puertas.
Quiere el Emperador, y a eso me envía,
que refrenéis al punto su soberbia,
y alejéis de los muros de su corte
esa eterna ocasión de turbulencias.

ROGER.

Hoy será obedecido.

GIRCÓN.

Y si no bastan
vuestro influjo y valor, dado que fuera
necesario apelar a los extremos,
con mi brazo contad: mi gente es vuestra.

ROGER.

Si mi voz, si mi nombre no bastare
para hacerlos entrar en la obediencia,
hoy moriré a sus manos.

MARÍA.
¡Sé prudente!

GIRCÓN.
¡Hijo mío! (Acercándose a Alejo, aparte.)

ALEJO.
¿Señor?

GIRCÓN.
La hora se acerca.

ALEJO.
¿La hora decís?

GIRCÓN.
La de vengar tu agravio,
y de tu hermana y de tu padre afrentas.

ALEJO.
Cuando se acerque el formidable instante
de dar a Dios la inevitable cuenta,
no me dirá: «¿Qué has hecho de tu hermano?»,
como dijo a Caín.

GIRCÓN.
Esa respuesta...
¡Alejo!

ALEJO.
¡Adiós, señor!

GIRCÓN.
¿Y Margarita?

ALEJO.
Contra su matador no tengo fuerza.
(Se aleja de su padre; éste queda sumergido en desesperación.)

Escena XVII

DICHOS y BERENGUER.

BERENG.

¡Señor!

ROGER.

Todo lo sé.

BERENG.

Bien os lo dije;

no podía faltar. -Y hay una gresca,
como jamás he visto.

ROGER.

Yo prometo

que han de pagarme cara la insolencia.

MARÍA.

¡Oh, no arriesgues tu vida, que es la mía!

ROGER.

¡Hola! ¡Mis pajes!

(Éstos acuden y arman a Roger a la ligera.)

MARÍA.

Cubre tu cabeza

con el casco acerado; nada olvides.

-¿Llevas también tu cota milanesa?

ROGER.

Llevo tu amor.

BERENG.

(Aparte a Roger.) Por mí, los dejaría,
no mucho: hasta que al fin me concluyeran
con el último alano; es lo que piden,
y muerto el enemigo, no hay pendencia.

ROGER.

¡Basta! basta y seguidme. Adiós, María.

(Abrazándola.)

MARÍA.

¡Alejo, mi cariño os lo encomienda!

¡Velad por él, velad!

GIRCÓN.

(¡Iras del cielo!)

ALEJO.

¡Su existencia, señora, es mi existencia!

(Roger se va por el fondo, seguido de Berenguer, Alejo y pajes. María, que le ha acompañado hasta la puerta, se vuelve hacia Gircón, dirigiéndole una mirada de triunfo.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

Escena I

CATALINA, asomada a la ventana: MARÍA sale por la izquierda.

MARÍA.

¿No vino mi esposo?

CATAL.

No;

mas tranquilizaos, señora.

MARÍA.

¡Qué! ¿nadie le ha visto?

CATAL.

Ahora

un soldado que llegó

del campo, le dejó en él.

MARÍA.

¿Y dónde está ese soldado?

CATAL.

Partió de nuevo, enviado

por vuestro primo Miguel.

MARÍA.

¿Cesó el motín?

CATAL.

Aún no está

sosegado.

MARÍA.
Quiera el cielo...

CATAL.
Señora, y mucho recelo
que no se apague.

MARÍA.
Quizá.

CATAL.
Y hoy a su ardiente violencia
Andrinópolis llorara
su fin, si no lo estorbara
de Rogerio la presencia.
¡Con qué valor y denuedo
corrió a atajar los desmanes
de esos fieros catalanes!

MARÍA.
Tranquilizarme no puedo.
-Y... ¡mira! ¡es una crueldad,
Catalina; un desvarío!
es un pensamiento impío
que manda en mi voluntad.
Al escuchar los clamores
de esa gente, hallé en mi pecho
simpatía a su despecho
y disculpa a sus rencores.
-Esa falange guerrera,
esos campeones fieles
que han cubierto de laureles
nuestra arrollada bandera;
que han alzado con sus manos
de Grecia el hundido trono,
hoy blanco son del encono
de griegos, turcos y alanos.
-¿Por qué en fútiles alardes
gastan la potente saña?
-Triunfe por último España
de esa raza de cobardes.

CATAL.
¡Cómo! ¡renegáis del suelo
que os vio nacer?

MARÍA.

Con razón;
altivo mi corazón
ha remontado su vuelo.
Esta Grecia, que la copa
de su ignominia hoy apura,
salvada por la bravura
del mejor pueblo de Europa,
al implorar su favor
con temerosa impaciencia,
no ha comprado su existencia
sino a precio de su honor.
Así, al aceptar los lazos
que al noble Roger me unieron,
con doble afecto se abrieron
a recibirle mis brazos:
pues mi altivo corazón,
que su dicha comprendía,
a un mismo tiempo sentía
cariño y admiración.
Y ¿cómo no darle amante
lo mejor de mis deseos,
a él, que entre tantos pigmeos
se me apareció gigante?

CATAL.

¿Y si, estallando el rencor
que inútilmente se oculta,
prendiese la guerra?

MARÍA.

Abulta
el peligro tu temor;
mas si así fuera, el deber
mi conducta marcaría.

CATAL.

Sois la princesa María.

MARÍA.

Soy la esposa de Roger.
-Y hoy más que nunca aquí siento
arraigado este amor; hoy
que tan otra y feliz soy
que me hace daño el contento.

CATAL.
¿Es posible?

MARÍA.
¡Sí! ¡dichosa
como ninguna lo ha sido!

CATAL.
¿Pues qué?...

MARÍA.
Dios ha bendecido
los deseos de la esposa.

CATAL.
Decid...

MARÍA.
La esperanza ardiente
que con desusado empeño
sobresaltaba mi sueño
y acariciaba mi mente;
ese infinito placer,
esa inefable alegría
que el Hacedor nos envía
al duplicar nuestro ser,
trocaron su expresión muda
y aquella indecisa calma
en voces que escucha el alma
sin el temor de la duda.
Y a esas voces, que en sereno
concierto para mí suenan,
de ardiente gozo se llenan
mi corazón y mi seno.
Siento en ellos alentar
una vida..., ¡y no es la mía!;
siento impulsos de alegría,
con deseos de llorar.

Escena II

DICHAS y MIGUEL.

CATAL.
El Emperador.

MIGUEL.
¡María!
¿qué lágrimas, di, son éstas?

MARÍA.
¿Yo lágrimas?

MIGUEL.
Lo comprendo:
sin duda impaciente esperas
a tu esposo; por él temes.

MARÍA.
¡Temer por él! no lo creas.

MIGUEL.
Furioso estaba el soldado,
y rotos de la obediencia
los lazos, puede atreverse...

MARÍA.
Parece que lo deseas.

MIGUEL.
¡Quién! ¿yo, María? me ofendes.

MARÍA.
¿Mucho?

MIGUEL.
(¡Si de mí sospecha!...)
¿Pues hay en el mundo, dime,
quien al noble Roger deba
mayores obligaciones?

MARÍA.
Si lo negaras, mintieras.

MIGUEL.
No: si es verdad que me irrita
de los francos la impaciencia,
sé también que de tu esposo
el prestigio los sujeta.

Roger es ya mi pariente,
y en la paz como en la guerra
hombre a quien nadie aventaja
en ánimo y en prudencia.

MARÍA.
¡Cierto! ¡y yo que te creía
su enemigo!

MIGUEL.
Injusto fuera
si con agravios pagara
al que ha salvado a la Grecia.

MARÍA.
¡Bien, bien!

MIGUEL.
Sin él, ¿qué sería
de esta generosa tierra?

MARÍA.
Es verdad.

MIGUEL.
Sin él, ya estaba
por el suelo mi diadema.

MARÍA.
Bien dices, ¡oh!; y tú no sabes,
al par que me lisonjea,
¡cuánto me complace oír
que haces justicia a sus prendas!
Tan leal como valiente
es Roger.

MIGUEL.
Bien le ponderas;
pero así le necesito
para acabar esta empresa.

MARÍA.
Mañana parte.

MIGUEL
¿Mañana

dices? ¿por qué esa impaciencia?
Los turcos, ya derrotados,
ni le combaten ni esperan,
y hay enemigos mayores...

MARÍA.
¡Qué escucho!

MIGUEL.
Y que están más cerca.

MARÍA.
¿Qué quieres decir?

MIGUEL
Que ya
la intolerable soberbia
de esos alanos ha hallado
con el fin de mi paciencia.

MARÍA.
Y con razón; ese pueblo,
de inclinaciones groseras,
es para tu imperio culto
un peligro y una afrenta.

MIGUEL.
Es cierto, y por eso intento
que a sus montañas se vuelvan.

MARÍA.
Bien, Miguel.

MIGUEL.
Es ya preciso:
si no de grado, por fuerza.

MARÍA.
Se volverán, yo lo fío;
¿pero cómo, si eso intentas,
dicen que a los catalanes
de nuestros muros alejas?

MIGUEL.
No me comprendes, María.
Antes que el sol dé la vuelta,

al rayar la nueva aurora,
aquí entrarán de sorpresa;
y los turcomanos, fieles
aliados de la Grecia,
vendrán también.

MARÍA.

Pues ¿qué temes?...

MIGUEL.

No está de más la prudencia.
Quiero evitar que Andrinópolis
campo de batalla sea.

MARÍA.

Tienes razón.

MIGUEL.

Ya conoces
de ese Gircón la soberbia.

MARÍA.

¡Si yo pudiera explicarte
qué grave peso, qué pena
me quitas del corazón!
¿Hay ventura como ésta?
-Perdóname.

MIGUEL.

¿Qué, María?

MARÍA.

Dudaba de tu nobleza,
como si fuera posible
en ti... ¡vamos, qué demencia!
Desde hoy más estrecharemos
los lazos que nos acercan.
Dueño del mejor imperio
que se conoce en la tierra,
tú ensalzarás una estirpe
que el mundo juzgaba muerta.
Roger será el brazo armado
que sostendrá tu grandeza,
y extendiendo tus conquistas
hará por mi amor proezas.
Y yo, orgullosa por ser

de tal hombre compañera,
por tener la noble sangre
que también corre en tus venas,
diré a Dios, agradecida:
«¡Bendita tu Providencia!
ya parece que permites
la resurrección de Grecia.»

Escena III

DICHOS y ALEJO por el fondo.

MIGUEL.
¿Quién es?

MARÍA.
¡Ah!

MIGUEL.
Tu salvador.

ALEJO.
Vuestro siervo.

MIGUEL.
¿Nos traes nuevas?

ALEJO.
Mi señor os las envía
por mí.

MARÍA.
Sin duda son buenas.

ALEJO.
Marchando va al campo, y todo
tranquilo y sumiso queda.

MARÍA.
¿Y mi esposo?

ALEJO.
Satisfecho
de su fácil obediencia,

me mandó a tranquilizaros,
en tanto que da la vuelta.

MARÍA.

Ya lo ves, Miguel; ¿estás
satisfecho?

MIGUEL.

De manera
que ha de saber hoy tu esposo
adónde mi afecto llega.
-Adiós, soldado, y advierte
a tu señor que le esperan
una esposa y un amigo,
ambos con mucha impaciencia.
(Vase con María por la izquierda.)

Escena IV

ALEJO; luego, IRENE.

ALEJO.

En cuanto a la esposa, digo
que fácilmente convengo;
que por lo demás, no tengo
la misma fe en el amigo.

IRENE.

¡Alejo! El cielo te envía.

ALEJO.

¿Qué?

IRENE.

¡Bendita su clemencia!
Dime, ¿estimas la existencia
de Roger?

ALEJO.

Más que la mía.

IRENE.

Pues no pierdas un momento.

ALEJO.
Mas...

IRENE.
De razones acorta.
Lo que quiero, lo que importa
es salvarle, y eso intento.

ALEJO.
¿Tú?

IRENE.
Deja cálculos vanos.
-Escucha: un hombre ha salido
no ha mucho para Planido:.
allí están los turcomanos.

ALEJO.
Sigue, sigue.

IRENE.
De Miguel
para Melich lleva un pliego:
éste necesito; luego
verás su traición en él.

ALEJO.
Pues ¿qué intenta?

IRENE.
Asesinar
al que hoy estrecha en sus brazos;
preparando está los lazos
en que le pretende ahogar.

ALEJO.
¿A mi hermano?

IRENE.
Sí.

ALEJO.
¿A Roger!

IRENE.
Pero teme en este instante

no tener fuerza bastante
para afrontar su poder.
Ese temor indeciso
le tiene, y es mi esperanza;
atajamos la venganza
mientras no llegue el aviso.

ALEJO.
¡Irene! crimen tan feo...

IRENE.
¿Que le calumnio supones?

ALEJO.
Eso no; en punto a traiciones,
todo de Miguel lo creo.

IRENE.
Bien dices.

ALEJO.
No es cosa nueva.

IRENE.
¿Vendrá el pliego?

ALEJO.
¿Lo has dudado?
aunque lo traiga manchado
con sangre del que lo lleva. (Hace que se va.)
-Mas..., ¡permite que me asombre!...
Di; ¿qué causa te ha impelido
a salvar?...

IRENE.
¿No has conocido
que estoy amando a ese hombre?

ALEJO.
¿Tú?

IRENE.
Yo: seis años de lucha
sufridos llevo hasta ahora,
de dolores que él ignora,
de suspiros que no escucha.

Yo en la pendiente fatal
de esta inclinación maldita,
rival fui de Margarita
y de María rival.

ALEJO.
Temo...

IRENE.
¿Qué? de mi fiereza
no esperes jamás el dolo;
pero ¡ay del que toque a un solo
cabello de su cabeza!
¡Sálvate, sí! ¿me lo ofreces?
triunfe esa mujer altiva;
no importa; pero que él viva,
aunque yo muera mil veces.

ALEJO.
¡Desdichada!

IRENE.
Entre los dos
quede este horrible secreto.
¿Lo prometes?

ALEJO.
Lo prometo.

IRENE.
Corre, Alejo.

ALEJO.
Adiós. (Vase.)

IRENE.
Adiós.

Escena V

IRENE, sola.

Escuchemos al deber.
Si amante y esperanzada

soñé con dichas ayer,
hoy nada me queda, nada,
sino llorar y ceder.
¡Ceder! mas ¿con qué derecho
mi rival aborrecida,
cuando de su fe sospecho,
querrá que me rasgue el pecho
para que tenga ella vida?
-¿Y qué sospecho?, ¡afán loco!,
pues ni me rindo a la duda
ni a la evidencia tampoco;
pero a mi clemencia invoco
¡y mi clemencia está muda!
¡Su amor correrá en bonanza,
y yo, humillada a sus pies,
completaré su venganza!
¡Imposible! esto ¿no es
renunciar a la esperanza?
¿Y cuándo? cuando la pide
la suerte opuestos deberes
y su familia divide.
¡Ay corazón! eso quieres
y eso esperas: que le olvide.
No trocará por la guerra
que va a asordar el espacio
y a ensangrentar esta tierra,
las seducciones que encierra
la vida de su palacio.
Es griega, y presuntuosa,
siente su origen altivo,
y antes princesa que esposa,
se envolverá desdeñosa
en el orgullo nativo.
-Pero además, ¿no sería
fácil también que, traidora,
le engañase? ¡Di, María:
¿has salido vencedora
en la amorosa porfía?
¿Nunca en tu voz, en tu aliento,
el suspiro se ha mezclado
de algún torpe sentimiento?
¿No te mancha ni el pecado
liviano de un pensamiento?
Mas ¿no quiso en la niñez
a Alejo? pues ¿qué otro nombre
tiene esto, sino doblez?

-No ha debido amar ese hombre
a quien ya ha amado otra vez.
Él merece por su brío,
por su nobleza infinita,
todo entero un albedrío
cual lo fué el de Margarita,
y en fin... como lo es el mío.

Escena VI

IRENE. ROGER por el fondo.

ROGER.
¡Irene!

IRENE.
La misma soy.
Os buscaba.

ROGER.
Y yo temía
hallaros...

IRENE.
¿Por qué? no es día
de reconvenciones hoy.

ROGER.
Explicaos.

IRENE.
No es tiempo ahora
de quejas.

ROGER.
Yo no os entiendo.

IRENE.
Sino de burlar huyendo
alguna intención traidora.
-Negro festejo os prepara
quien vuestra muerte desea:
huid, Rogerio, no sea
que os salga el daño a la cara.

¡Huid, señor!

ROGER.
Pero en fin...

IRENE.
Quien os estima os lo advierte:
sentada estará la muerte
a la mesa del festín.

ROGER.
¡Irene!

IRENE.
¿Dudáis quizá?

ROGER.
Sí.

IRENE.
Consúmese el delito.

ROGER.
Una prueba necesito.

IRENE.
La prueba no tardará.

ROGER.
¿Cuándo?...

IRENE.
Va un soldado fiel
tras el hombre que la lleva.

ROGER.
¡Oh! Si me dais esa prueba,
¡ay de Grecia! ¡ay de Miguel!

IRENE.
¿Aún tenéis desconfianza?...

ROGER.
Mas ¿quién es de tal perfidia
capaz?

IRENE.

El odio y la envidia:
¡ved qué terrible alianza!
Y... acaso porque así Dios
a castigaros comienza,
los vuestros tienen vergüenza
de vuestra cuna y de vos.

ROGER.

¿Vergüenza de mí? no quiero
ni imaginarlo.

IRENE.

De hijo.
¡César del imperio, el hijo
de Ricardo el halconero!
¿Sabéis por qué se os desprecia?
lo diré en una palabra:
porque ya el miedo no labra
en el corazón de Grecia.
Ésta es la verdad, Roger,
de que mi afecto os avisa;
vuestro pecado es la prisa
que os habéis dado a vencer.
Miguel es vuestro enemigo;
¡perderos es su deseo!
Burladlo, pues -aunque creo
que merecéis tal castigo-.
Romper el lazo fatal
en que vuestra unión reposa,
quiere; tenéis por esposa
mujer de sangre imperial.

ROGER.

Y a salvarme de su insana
traición, ¿qué causa os incita?

IRENE.

¿No era yo de Margarita,
más que una amiga, una hermana?
Fuerza es que a su intercesión
este interés atribuya.
¡Oh, sí! una voz que es la suya
resuena en mi corazón.
«¡Sálvale -me dice-, o va
a morir!»

ROGER.
¡Mártir querida!

IRENE.
¡Sálvame! dale la vida,
aunque ofendiéndome está.

ROGER.
¿Yo la ofendo?

IRENE.
Sin doblez,
¿quién hermana afectos tales?
Los corazones leales
sólo quieren una vez.
Mas quién osó con malicia
la honra ajena amancillar,
¿qué es lo que puede esperar
del cielo, sino justicia?
A otra robasteis la calma,
y el alma partís en dos:
¿no pudiera ser que a vos
os dieran partida el alma?

ROGER.
¡Qué! ¡mi esposa!...

IRENE.
No iracundo
la acuséis.

ROGER.
¿Quién lo osaría?

IRENE.
También vos para María
fuisteis el amor segundo.

ROGER.
¡Ah!

IRENE.
Pero no tengáis celos;
harto luchando acrisola
su inocencia, quien se inmola

obedeciendo a los cielos.

ROGER.
Corro a hablarla.

IRENE.
¡No! partid
al punto; pero sin ella:
no la pongáis con su estrella
en desesperada lid.
Su origen no se concilia
con su deber: es princesa,
y hoy todo concierto cesa
entre vos y su familia;
y en la fortuna contraria,
no ayudará -no lo espero-
al hijo del halconero
la Princesa de Bulgaria.

ROGER.
Pero ella no puede ser
cómplice...

IRENE.
Ni yo lo digo:
vos lo veréis; no me obligo
ni a acusar ni a defender.

ROGER.
Daislo a entender, y en María
no cabe tanta vileza.

IRENE.
¡No! ni en mi naturaleza
la torpe superchería.
Habladla: afecto más fiel
acaso en su pecho quepa,
y es posible que no sepa
los proyectos de Miguel;
y si ella os sigue, a pesar
de todo, decid que os ama;
decid que es tan noble dama
como podéis desear.

Escena VII

DICHOS y ALEJO, agitado y con un pergamino en la mano.

IRENE.

¡Alejo! (Corriendo hacia él.)

ALEJO.

Aquí está: ¡dijiste
verdad! ¡era cierto, Irene!
aquí de una infamia viene,
hermano, la prueba triste.

IRENE.

¿Lo veis?

ALEJO.

Al hombre alcancé:
negóse al soborno, al ruego;
reñimos, en fin, y el pliego
con la vida le arranqué.
-Vedlo: de intentos villanos
la prueba con él os doy.
Huid, señor; ya por hoy
no vendrán los turcomanos.
Mas no perdáis un momento:
huid de aquí.

ROGER.

Sí, lo haré. (Abatido.)

ALEJO.

De aquella colina al pie
está vuestro campamento.
De todo, secreto aviso
a vuestras gentes he dado;
inquieta queda el soldado
y todo el campo indeciso.

ROGER.

(Lee.) «Para un proyecto que callo,
porque peligrara escrito,
buen Melich, te necesito
con tus hombres de a caballo.
Cuando todo esté en reposo,
ven; pero guarda el secreto,

que es importante el objeto
y el contrario poderoso.»

IRENE.
¡Ya veis!...

ROGER.
Dejadme los dos.

ALEJO.
¡Ánimo!

IRENE.
¡La prueba es ruda! (Vanse.)

ROGER.
¡Has sembrado aquí la duda!
¡No te la perdona Dios! (Mirando a Irene.)

Escena VIII

ROGER, que va a entrar por la izquierda, y, MARÍA, que le sale al encuentro.

MARÍA.
¡Roger!

ROGER.
¡María!

MARÍA.
¡Mi señor! ¡mi dueño!

ROGER.
¿Me estabas esperando?

MARÍA.
Cuidadosa,
hasta verte salir del arduo empeño.
-Pero estás fatigado: ven, reposa.
(Viendo que permanece inmóvil y sombrío.)
-Mas... ¿por qué ese semblante riguroso?
Tu silencio me asusta!
Dime: ¿por qué mi esposo
vuelve a mis brazos con la frente adusta?

la gloria y salvación del Asia entera.
¡Calla, Roger! y ¡Dios no te demande
cuenta de tu culpable desatino!
Muy pequeño es Miguel, pero aún es grande
para ser ni cobarde ni asesino.
-¿Qué te obliga a dudar? dilo.

ROGER.

(¡No me ama!)

-Un mensajero de fatales nuevas
puso en mis manos de la horrible trama
el indicio mejor.

MARÍA.

Dame esas pruebas.

ROGER.

A más de esos alanos
que son mis enemigos, de repente
llamados son aquí los turcomanos.

MARÍA.

Es que de hoy más, o débil o indolente,
su fortuna Miguel pone en tus manos.
Amigos son; no temas su presencia:
en tu ayuda mi primo los convoca.
De Gircón y sus hordas la insolencia
es lo que teme y su rigor provoca.
El lustre antiguo volverá a su corte
y su esplendor..., ¡verás cómo te engañas!,
y esos salvajes que nos manda el Norte
empujados serán a sus montañas.
-¡Ya verás, ya verás!

ROGER.

¡Tan poco fía
de mi esfuerzo y poder! yo basto solo...

MARÍA.

Por evitar azares...

ROGER.

¡No, María!

(¡No puedo ya dudar! ¡Cierto es el dolo!)
¿Crees?...

MARÍA.

Que tu sospecha es ilusoria.

ROGER.

¿Y si, a pesar de todo, prefiriera
huir de aquí?

MARÍA.

Para salvar tu gloria
y evitar una mancha a tu memoria,
obedecerte acaso resistiera.

ROGER.

Quien ama, desconfía.

MARÍA.

Mas quien tiene
con su deber y con tu fama cuenta,
mirar debe por ti.

ROGER.

(Bien dijo Irene.)

MARÍA.

La fe ennoblece y la malicia afrenta.
(Pausa.)

ROGER.

Dudé, esperé; pero la duda acaba.
-No temas que deberes te reclame.
-Mentira es la esperanza que abrigaba;
verdad la que juzgué sospecha infame.

MARÍA.

¿No deliras?

ROGER.

Mas nada hay que me asombre.
Extranjero y soldado advenedizo,
de César y de amigo obtuvo un hombre
el título y el nombre;
¡nombre irrisorio y título postizo!

MARÍA.

¡Calla!

(Avanzando hacia la ventana.)

ALEJO.

¡Señora!

(Llega María a la ventana y levanta la luz.)

GIRCÓN.

¿Qué es eso?

MARÍA.

¿Qué?

(Un momento de silencio: después se oye la campana del Salvador.)

¡Que la hora del exterminio ha llegado!

Escena XIV

DICHOS y el EMPERADOR MIGUEL.

MIGUEL.

Gircón, la venganza ofrece

a tu ira fácil camino.

¡Sorprende el campo latino!

La noche nos favorece.

MARÍA.

¿Sorprender? ¡Empresa vana!

MIGUEL.

¿Cómo?

MARÍA.

Como saben ya

que la fe quebrada está

¿Qué te dice esa campana?

Ese tañido veloz,

de mis iras mensajero,

va a despertar el acero

del almogávar feroz.

MIGUEL.

¿Cierto? Esa señal extraña

anuncia...

MARÍA.

¡Pregunta necia!
¡Anuncia el fin de la Grecia!
¡Anuncia el rencor de España!
Fin del acto tercero

ACTO CUARTO

Interior de la ciudad de Apros, con muro al frente, de poca altura, y una plataforma anterior, a la que se sube por tres o cuatro gradas de piedra. A la derecha, en el fondo, y ocultándose en su mayor parte, el castillo que defiende la ciudad: a uno y otro lado del teatro, casas aisladas, que forman calles entre sí. Al levantarse el telón, estará Alejo subido en la plataforma y recostado sobre el muro. Perich de Naclara sale por la derecha recatándose, y se dirige hacia la plataforma. Es de noche.

Escena I

ALEJO, NACLARA.

ALEJO.
¿Quién va?

NACLARA
¿Quién es?

ALEJO.
El que oculta
la cara con tal misterio
es traidor o es enemigo.

NACLARA
¿Enemigo? hay algo de eso;
traidor, jamás.

ALEJO.
Yo conozco...
-¡Perich de Naclara!

NACLARA
¡Alejo!

ALEJO.
¿Tú aquí?

NACLARA

Con mayor razón
preguntártelo yo puedo,
que ha mucho que no te he visto
por allá. ¿Estás prisionero?
dímelo y te llevaré.
-Está cerca el campamento.

ALEJO.

Ya sabes que no he nacido
español; cumplí mi empeño
y abandoné tus banderas.

NACLARA

¡Ah, ya! pero no eres griego.

ALEJO.

No.

NACLARA

En ese caso, aunque seas
genovés..., te lo consiento.

ALEJO.

Pero ¿cómo habéis podido
quedaros en este suelo
enemigo?

NACLARA

Aunque quisiera
alguno, que no queremos,
no hay retirada posible,
sino morir como buenos.

ALEJO.

Por mar...

NACLARA

Echamos a fondo
las galeras desde luego,
que fué decisión honrada.
Y a no subirnos al cielo,
o arrojarnos a la mar,
o descender al infierno,
no hay sino morir matando
hasta soltar el pellejo.

Y lo daremos con gusto;
mas por esta vez no hay miedo,
que son pocos y cobardes.

ALEJO.
¿Pocos, dices?

NACLARA
Ya lo creo.

ALEJO.
Doce mil hombres.

NACLARA
¿No más?
Nosotros, tres mil, o menos.
Pero es tan grande el pavor
que les ha entrado en el cuerpo,
que con sólo oír el grito
de ¡Aragón! ya están corriendo.

ALEJO.
¿Y a qué has venido?

NACLARA
A matar
a un hombre; a explorar el pueblo
y el número de soldados.

ALEJO.
¿Y qué has visto?

NACLARA
Mucho y bueno.
En primer lugar, está
el emperador con ellos,
lo cual ha de estimular
el apetito a los nuestros.
Sé también que no han llegado
todas las tropas; el grueso
está a tres leguas de aquí.
-¡Tres leguas, ya ves!

ALEJO.
No es lejos,
y en breve...

NACLARA
Yo te aseguro
que no les daremos tiempo.

ALEJO.
¿Y qué más has visto?

NACLARA
He visto
que es fácil ganar el cerro
donde está el castillo: un paso
he hallado...

ALEJO.
¡Perich, lo siento;
pero has visto demasiado
para no quedarte ciego!

NACLARA
¿Es chanza?

ALEJO.
No, por desdicha.

NACLARA
¿Me quieres explicar eso?

ALEJO.
Soy tu enemigo.

NACLARA
¿Enemigo?
¿pues no me has dicho?...

ALEJO.
Y no miento:
soy alano.

NACLARA
¿Sí? Pues voy (Desenvainando.)
a matarte como a un perro.

ALEJO.
¡No sabes cuánto me duele
reñir contigo! (Lo mismo.)

NACLARA

¡Lo creo!

yo también lo siento mucho;

pero es preciso, y a ello.

(Hacen ademán de arremeterse.)

ALEJO.

Espera.

NACLARA

¿Qué quieres?

ALEJO.

Dime:

la princesa, ¿qué se ha hecho?

NACLARA

¿Quién? ¿la princesa María?

no debe de andar muy lejos.

ALEJO.

¡Di!

NACLARA

No sé; mas no hay jornada

que no presencie, ni incendio,

ni acción... -¡Parece que huele
la sangre como los cuervos!

Y al verla llevar el luto

por el que fué nuestro dueño,

se enciende en los corazones

de la venganza el deseo.

Y no faltará; ¡imposible!

hoy es el día supremo

de la expiación. Aún no habrá

rayado el sol en el cielo,

cuando poblará los aires

el cántico de San Pedro,

y esos campos espantados

oirán el «¡Despierta, hierro!»

¡Gran día va a ser!

ALEJO.

Perich,

lo malo es que no has de verlo.

NACLARA

¿Cómo? ¡Ah, ya! ¡pobre muchacho!
Lo peor es que en dos credos
voy a despachar tu asunto.
-¿Empezamos?

ALEJO.

Empecemos.

(Cuando van a acometerse sale María por la izquierda. Al reconocerla, bajan uno y otro las espadas.)

Escena II

MARÍA, ALEJO, NACLARA.

MARÍA.

¡Alto, Alejo! ¡Alto, Naclara!

NACLARA

¿Qué voz es ésta?

ALEJO.

¡María!

MARÍA.

Sí.

NACLARA

¡Cuando yo lo decía!
Imposible es que faltara.

MARÍA.

¡Sí, Perich, tienes razón!
Hoy menos que nunca puedo
faltar a vuestro denuedo;
hoy, día de expiación.
¡Vete y a tu gente inflama
con mi queja lastimosa!
Venganza os pide una esposa,
y una madre, y una dama.
Para eso dejé mi encierro;
¡ea, ministros de la muerte!
suene el clarín, y despierte

del almogávar el hierro.
¡Pelead mientras yo envío
mi queja al Juez de los jueces!
mientras dirijo mis preces
por el muerto esposo mío.

ALEJO.
Señora, es justo el dolor
que sentís; pero ese hombre
o muere, o me deja el nombre
y la mancha de traidor.
¡No estorbéis este combate,
señora!

MARÍA.
Que no, os he dicho.

NACLARA
¡También es fuerte capricho
empeñarse en que lo mate!

MARÍA.
¡Abajo el hierro!

ALEJO.
Es estrecho
el deber.

NACLARA
No huyo la cara.

MARÍA.
Entre ese acero y Naclara
siempre encontraréis mi pecho.

NACLARA
Es mengua de mi valor,
señora, y no lo permito.

MARÍA.
¡Perich!

NACLARA
Yo no necesito
corazas de ese valor.
La de mal curtido cuero

que llevo, y ¡sin espaldar!,
no la ha podido horadar
villano ni caballero.
Su dureza no la abona
contra lanza o cintarazo:
lo que la abona es el brazo
que defiende a mi persona.

ALEJO.
Dios sabe que con dolor
le hiriera.

NACLARA
Lo mismo digo.
Le matara como amigo:
con fe, pero sin rencor.

ALEJO.
Vuestra presencia le valga.

NACLARA
No te estoy por la merced
obligado.

ALEJO.
Pero haced
que luego del muro salga.
-¿Lo haréis?

MARÍA.
Saldrá; yo os lo fío,
y ¡adiós!

ALEJO.
¡Adiós! (¡Ay, memorias
de aquellas pasadas glorias!
¡dormid en el pecho mío!) (Vase.)

Escena III

MARÍA, NACLARA.

MARÍA.
Di, Pedro: ¿cómo has entrado

aquí?

NACLARA

Si me dais licencia...

MARÍA.

El valor no es la imprudencia.

NACLARA

Os diré lo que ha pasado.

Esta noche, estando yo
dormido en mi pobre ruedo,
sentí un hombre que muy quedo
hasta mi lado llegó.

Echéle un taco, y no flojo.

Los soldados, ya se ve,
nos acostamos de un pie
y nos dormimos de un ojo.

-«¡Silencio!», con ademán
misterioso y voz severa
murmuró aquel hombre, que era
Berenguer, mi capitán.

En el fiero regocijo
que su rostro iluminaba,
casi vi lo que pensaba.

-«¡Levántate y ven!», me dijo.

«Una hazaña peligrosa
intento; pero son breves
los instantes: di, ¿te atreves?»

-¡Preguntarme a mí tal cosa!

Ya andando, le pregunté:

-«¿Y qué es?» -«Matar al villano
que puso traidora mano
en el que tu dueño fue.»

-«¡Hablarais para mañana!»

-Maté al sueño de un bostezo,
y llegamos sin tropiezo
al pie de una barbacana.

Dormían como unos santos
los guardas, por nuestro bien,
y a éste quiero, a éste también,
despachamos no sé cuántos.

Viendo que tan a mansalva
el proyecto facilita
la suerte, nos dimos cita
para aquí y antes del alba.

Desesperado de hallar
a mi hombre, al muro volví;
¡me hallé con Alejo aquí,
y nos quisimos matar.
No era grande este deseo
ni el encono entre los dos;
¡qué diablos!, vinisteis vos,
y mediasteis, y... ¡laus Deo!

MARÍA.
Vuélvete a tu campo; estás
libre ya.

NACLARA
No puede ser:
¿yo dejar a Berenguer
en el peligro? ¡Jamás!

MARÍA.
Vete, digo.

NACLARA
¿Y si perece
en la empresa?

MARÍA.
Yo lo mando.

NACLARA
Sin embargo...

MARÍA.
¿Desde cuándo
Naclara no me obedece?
Yo del capitán la vida
y la libertad protejo.

NACLARA
Mirad, señora, que dejo
mi fama comprometida.

MARÍA.
¡Alguien se acerca!

NACLARA
Testigo

sois de que el campo abandono
sin voluntad.

MARÍA.
Yo te abono.

NACLARA
Adiós. (Se dirige al muro.)

MARÍA.
Él vaya contigo.
-¿Pero, por dónde?... ¿estás ciego?

(Viendo que se ha subido al muro y pretende descolgarse por él.)

NACLARA
Ya veis.

MARÍA.
¡El muro es tan alto!

NACLARA
¡He dado yo cada salto
más peligroso!... -Hasta luego.

(Se deja caer del otro lado. María ha subido a la plataforma y se asoma al muro.)

MARÍA.
¡Perich, Perich! (En voz baja.) La explanada
corriendo atraviesa. -Ya era
(Mirando a la izquierda.)
tiempo. -Con gente tan fiera
¿se puede dudar de nada?

(Se dirige por la misma plataforma hacia la derecha, hasta desaparecer. Inmediatamente,
después salen por el lado opuesto Miguel, Gircón y algunos Guardias.)

Escena IV

MIGUEL, GIRCÓN y Guardias.

GIRCÓN.
¿Vos levantado a estas horas?
¿vos esquivando el tranquilo

sueño?

MIGUEL.

¿Qué mucho, si sabes
que de todos desconfío?

GIRCÓN.

¿De todos?

MIGUEL.

No te lo niego:
de todos... y de mí mismo.

GIRCÓN.

¿Qué teméis? cuando haya alguno,
está lejano el peligro.

MIGUEL.

¿Y si te engañas?

GIRCÓN.

¿Pues qué
podemos temer?

MIGUEL.

Me han dicho
que está ya sobre nosotros
el campo de los latinos.

GIRCÓN.

¡Imposible! y harto harán
en resistir nuestro brío
tras de los cerrados muros
de Galípoli.

MIGUEL.

¡Delirio!
¡No conoces a esa gente,
Gircón! tú no los has visto
en los días de batalla,
para ellos de regocijo.

GIRCÓN.

No digo que no: valientes
serán; pero reducidos
por los frecuentes combates

a número tan exiguo,
¿qué pudieran intentar?

MIGUEL.
Abreviarnos el camino.

Escena V

DICHOS y ALEJO.

ALEJO.
¿Señor?

MIGUEL.
¿Qué es eso?

ALEJO.
Que estamos
poco menos que vendidos.
Espías de los contrarios
dentro del muro se han visto.

MIGUEL.
Gircón, recorre los puestos;
manda a tus más atrevidos
guerreros a descubrir
si hay en el campo enemigos.

GIRCÓN.
Voy, señor. (Vase por la derecha.)

MIGUEL.
Tú los conoces;
¿qué opinión tienes?...

ALEJO.
Opino
que aunque son pocos, son buenos.

MIGUEL.
¿Nos esperarán?

ALEJO.
De fijo.

MIGUEL.
Eso creo. (Sale Gircón.)

GIRCÓN.
Nuestra gente,
gran señor, ha sorprendido
a un hombre.

MIGUEL.
¿Quién es?

GIRCÓN.
Miradle.

Escena VI

LOS MISMOS y BERENGUER, conducido por algunos soldados.

MIGUEL.
¿Aquí Berenguer?

BERENG.
El mismo.

MIGUEL.
¿Tú armado contra mí?

BERENG.
¡Pues!...
¿de qué os admiráis?

MIGUEL.
Me admiro
de que te llames hidalgo.

BERENG.
¿Y quién duda, vive Cristo?...

MIGUEL.
¿Recuerdas del Salvador
la torre?

BERENG.

Nunca la olvido.

MIGUEL.

Berenguer, un hombre osado,
agraviando a un enemigo
poderoso, mereció
el perdón de su extravío.
Pudo arrancarle mil veces
la existencia el ofendido:
mas de su valor prendado,
«¡Vete en buen hora!», le dijo.
¿Es noble, dime, volver
agravios por beneficios?

BERENG.

Oídmme: cierto hombre honrado,
en la casa de un amigo,
-¡amigo falso!- dormía
en paz; es decir, tranquilo.
Nunca pudo imaginar
que allí existiera peligro,
donde era todo alegría
y protestas de cariño.
El falso amigo una noche
blandiendo un puñal, le dijo:
«¡Ya ves, no tienes defensa,
puedo matarte, eres mío!
Sin embargo, te perdono,
y, o quedas agradecido
a mi buena acción, o eres
cuatro dedos más que un pícaro.»
Y ahora digo yo: ¿no debe
agradecerse a sí mismo
ese hombre, que no le llame
su conciencia mi asesino?
Pues si a todos los mortales
que a traición no me han herido
debo gratitud... ¡qué diablos!
¿pues en qué mundo vivimos?

MIGUEL.

¿Y ahora? di.

BERENG.

Ya es otra cosa;
vine aquí como enemigo

a cortar una cabeza (Mirando a Gircón.)
o a morir. -¡Yo juego limpio!
Hemos echado aquí un lance
de azar, y yo lo he perdido;
cobráis, y en buena moneda.
Estamos en paz. -He dicho.

MIGUEL.
Es decir, que te parece
justo mi rigor.

BERENG.
Justísimo.

MIGUEL.
De modo que si hoy quisiera
salvarte...

BERENG.
¡No, por Dios vivo!
Eso era atarme las manos
cuando más las necesito.

MIGUEL.
¿Para qué?

BERENG.
Para mataros.

MIGUEL.
Gircón, me encanta ese brío. (Aparte a Gircón.)
¡Fieros son los de tu tierra!

BERENG.
Todavía no habéis visto
la mitad... Nuestra memoria
va a quedar aquí por siglos.
Hoy, cuando quieren las madres
amedrentar a sus hijos,
con nombrarnos solamente
lo tienen ya conseguido.
«¡Venganza de catalanes
te alcance!», tal es el grito,
la maldición con que ahora
se saluda a un enemigo.

MIGUEL.

¡Pues bien! Ha llegado el día
en que de tantos delitos
vengue a mis pobres vasallos.
cansados ya de sufriros.
Venganza fiera, implacable,
piden con hondo quejido
las ciudades asoladas,
los campos en sangre tintos.
Echadle desde el más alto
torreón de ese castillo,
y a los suyos nuncio sea
de su próximo exterminio.

Escena VII

DICHOS y MARÍA.

MARÍA.

Bien haces, Miguel.

MIGUEL.

¡María!

MARÍA.

No le perdones, te digo;
es un hombre, y no otro agravio
es de tu saña el motivo.
Le matas porque le temes.

MIGUEL.

¡Temer!

MARÍA.

¡Sí, mi imperial primo!
Y porque tiembla un cobarde
(Mirando a Gircón.)
de que a matarle ha venido.
¿Del valiente aprisionado
quién osa romper los grillos?
¡Nadie, no! -Por si te importa,
ahí tienes un asesino. (Señalando a Gircón.)
No manchará sus blasones,
que asesinar es su oficio,

mas por la espalda, que tiene
el rencor asustadizo.

GIRCÓN.

¡Señor, señor! Si la fe,
si la lealtad con que os sirvo
merece una recompensa...

MIGUEL.

¿Qué pides?

GIRCÓN.

A ese hombre os pido.

MIGUEL.

Ahí le tienes.

GIRCÓN.

Libre salga.

BERENG.

¡Mas sin ningún requisito
ni condición!

GIRCÓN.

Que en el campo
has de encontrarte conmigo.

BERENG.

¿Nada más?

GIRCÓN.

Eso me basta.
¿La admites?

BERENG.

¡Que si la admito!
¡Qué pregunta! pues ¿qué vine
a buscar en este sitio?

GIRCÓN.

¿Qué señal?...

BERENG.

Sin la celada
saldré al campo.

GIRCÓN.
En tal bullicio...

BERENG.
Somos tan pocos, que de una
mirada estamos ya vistos.

GIRCÓN.
Te hallaré: vete. -Acompaña (A Alejo.)
al capitán, hijo mío.

BERENG.
¡Tú!... (Reconociendo a Alejo.)

ALEJO.
Vamos. (Con gravedad.)

BERENG.
(¿Cómo es que tiene
tan mal padre tan buen hijo?)
(Vase Berenguer por la izquierda precedido de Alejo.)

Escena VIII

MARÍA, MIGUEL y GIRCÓN.

GIRCÓN.
Otra gracia os pido.

MIGUEL.
¿Cuál?

GIRCÓN.
Que, guardando la muralla,
no salga Alejo a batalla.

MIGUEL.
¿Qué temes?

GIRCÓN.
Temo gran mal.

MIGUEL.

¿Y es?

GIRCÓN.
El reto presenció.

MIGUEL.
Cierto.

GIRCÓN.
Mi temor es éste:
no quiero que se atravesase
entre mi enemigo y yo.

MIGUEL.
No saldrá; yo te lo fío.

GIRCÓN.
¡Gracias! -Ya veréis, Princesa,
que para mayor empresa
que asesinar tengo brío.

Escena IX

MARÍA, MIGUEL.

MIGUEL.
María, ¿qué es esto, di?
¿qué venida inesperada?...

MARÍA.
¿No es cierto que una jornada
sangrienta se espera aquí?

MIGUEL.
¿Y qué buscas?

MARÍA.
El tributo
acostumbrado.

MIGUEL.
¡Eso es nuevo!

MARÍA.

A cada combate, llevo
con menos dolor mi luto.
Yo presencié los reveses
que mis airados hermanos
han causado a tus alanos
y griegos y genoveses.
Yo, del Dios de las venganzas
guiada tal vez, yo he visto
de Recrea y de Redisto
las espantosas matanzas.

MIGUEL.

¿Ha de ser tu odio invencible,
María?

MARÍA.

¿Qué puedo hacer,
mientras no olvide a Roger,
y olvidarle es imposible?
Y a su hijo, cuyo destino
en vela siempre custodio,
yo le educaré en el odio
de su cobarde asesino.
Él sabrá cómo acrisolar
de tu estirpe el blasón puro,
cuando le tenga seguro
en regiones españolas.
Y cuando su esclarecida
estirpe saber intente,
yo le diré: -Hay hacia Oriente
una nación corrompida,
nación pérfida, cristiana
en nombre, mas no en la fe,
que gemía bajo el pie
de la raza musulmana.
Su rey lloraba con ciego,
mas con impotente encono,
viendo cercado su trono
por lagos de sangre y fuego.
Y tan cerca tuvo un día
del turco el temido azote,
que, desde su lecho, el trote
de los caballos oía.
Pero al fin de esta nación
los mutilados pedazos
de un hombre en los fuertes brazos

hallaron su salvación.
Llegó este hombre; la eclipsada
de Dios verdadera luz,
brilló otra vez en la cruz
de su vencedora espada.
Pero, pasado el temor,
vencidos los enemigos,
esos que fueron testigos,
y no más, de su valor,
viendo en su gloria una ofensa,
-que merecerla no osaron-,
de noche le asesinaron,
descuidado y sin defensa.
¡Hijo! a Dios así le plugo,
y ¡de esos dos hombres vienes!
Sangre a un mismo tiempo tienes
del mártir y del verdugo.
Y hoy otra vez el monarca,
perdiendo tanta conquista,
se estremece, y con la vista
su mermado imperio abarca;
y otra vez ve a sus vasallos
del turco bajo el azote,
y oye, como antes, el trote
de sus feroces caballos.

MIGUEL.

La que a su patria desprecia,
baldón es de sus mujeres;
por eso te infaman, y eres
escándalo de la Grecia.
Las madres que sin reposo
gritos de dolor exhalan,
a sus hijas te señalan
como ejemplo vergonzoso.

MARÍA.

¡No lloraban cuando yo,
hecho el corazón pedazos,
perdí los tiernos abrazos
del dueño que Dios me dio!
Que celebraron... ¡lo sé!,
con fiestas y luminarias,
las escenas sanguinarias
en que manchaste tu fe.
¡Qué villanos regocijos!

MIGUEL.

¡Tú de tu patria reniegas!

MARÍA.

¡Nunca nacieran las griegas
para tener tales hijos!

MIGUEL.

¿Quién desdeña, quién no ama
a la tierra generosa
de Leónidas? ¡Y hay quien osa
poner en duda su fama!

MARÍA.

¡No! la Historia la atestigua;
¿mas cómo a invocar se atreve
esta Grecia indigna, aleve,
los recuerdos de la antigua?
De esas madres no respondas,
jueces del honor ajeno;
ninguna llevó en su seno
Leónidas ni Epaminondas.
Y hasta el pueblo que encadenas,
a pesar de su ignorancia,
sabe que hay mucha distancia
de Constantinopla a Atenas.

MIGUEL.

¿Y cómo su cautiverio
sufre?

MARÍA.

Porque no se hermana
la virtud republicana
con el fango de tu imperio.
Ya no quedan ni aun indicios
de ese pueblo; no lo dudes.
-Hay épocas de virtudes,
pero hay reinados de vicios.

MIGUEL.

Mas tú, en fin, ¿dónde has nacido?

MARÍA.

En los brazos de Roger.

La patria de la mujer
es el amor del marido.
Y más la que consiguió
en él tantas dichas juntas.
¿Tú, Miguel; tú me preguntas
dónde mi vida empezó?
En la gloria de sus hechos,
en su cariño aquí fijo;
en su grandeza; ¡en el hijo
que he alimentado a mis pechos!
(Empieza a amanecer.)

Escena XI

DICHOS, GIRCÓN y ALEJO.

MIGUEL.
¿Qué hay, Gircón?

GIRCÓN.
¡El enemigo!

MIGUEL.
¿Está cerca?

GIRCÓN.
A la verdad,
tan cerca, que hasta se puede
sus capitanes contar.

MIGUEL.
¡Ya lo ves!

GIRCÓN.
Mas de rodillas,
y al cielo vuelta la faz,
el cántico de San Pedro
a coro entonando están.

(María, durante esta relación, sube a la plataforma, procurando descubrir el campo. Poco después desaparece de la escena.)

¿Imploran vuestra clemencia,
o es que resignados ya

se disponen a morir
negándose a pelear?

MIGUEL.

¡Gircón! ¡Gircón! Ya te he dicho,
y muy luego lo verás,
que tu desdén es injusto
y aun puede serte fatal.
Prepárate a conocerlos
de cerca.

GIRCÓN.

Vamos allá.

-¿Qué me ofrecisteis? (Aparte a Miguel.)

MIGUEL.

¡Alejo!
ven aquí.

ALEJO.

¿Qué me mandáis?

MIGUEL.

La suerte de los combates
es varia: por si un azar
cualquiera nos acontece,
tú nos guardas la ciudad.

ALEJO.

¿Qué decís? yo...

MIGUEL.

Te lo mando.
Quien no intenta asegurar
la retirada, no cumple
el deber de capitán.

ALEJO.

Pero...

MIGUEL.

Basta.

Escena XI

ALEJO; luego, IRENE.

ALEJO.

¡No ha podido
un tormento imaginar
más cruel! (Con abatimiento.)

IRENE.

¡Alejo! ¡Alejo!
¿qué es eso? ¿por qué ese afán?
tú en un día de combate...

ALEJO.

¡Tengo miedo! ¿lo crearás?

IRENE.

¿Por qué?

ALEJO.

Mi padre ha retado
a combate singular
a Berenguer de Roudor,
y pronto se encontrarán.
¡Y no estoy allí! amarrado
a la cadena fatal
de mi obligación, no puedo
proteger su ancianidad.
¡Yo defender estos muros! (Con desesperación.)
No soy griego, y además,
si pierdo a mi padre, ¿qué
me resta ya que guardar?

IRENE.

¡Temes!... ¡está acostumbrado
a vencer, y vencerá!
¿Quién lo duda?

ALEJO.

Mi desdicha.

IRENE.

Yo no me abato jamás.
(Desde la plataforma.)
¡Mira con qué gallardía
los nuestros corriendo van

a su encuentro! Ya se ha dado
de arremeter la señal.

ALEJO.
¡Gran Dios!

IRENE.
Breve es el espacio
que los separa.

ALEJO.
¿Qué más?...

IRENE.
Nada más veo: entre el polvo
que el revuelto galopar
de los caballos levanta,
sólo el pendón imperial
veo que avanza, llevando
los escuadrones detrás.

ALEJO.
Esos hombres... (Irene baja.)

IRENE.
¿Qué se ha hecho
de tu valor? si es verdad
que son de hierro, también
el hierro suele quebrar.

(Aparece por el fondo María, llena de ansiedad.)

Escena XII

DICHOS y MARÍA.

IRENE.
¿Aquí María?

ALEJO.
(Sedienta
de nuestra desdicha viene.)

IRENE.

¡María!

MARÍA.
¿Sois vos, Irene?

ALEJO.
¡Esta ansiedad me atormenta!
(Se dirige al muro.)

IRENE.
Yo soy.

MARÍA.
Largo tiempo hacía,
desde que dejó la esposa
más feliz de ser dichosa,
Irene, que no os veía.

IRENE.
¡Perdón, señora!

MARÍA.
¿De qué?
murió Roger, y su muerte
en amigas nos convierte.

IRENE.
¡Es que le amaba!

MARÍA.
Lo sé.

IRENE.
¿Y no me odiáis?

MARÍA.
No: ¡testigos
son los cielos! -Si eso hiciera,
¿con qué derecho pudiera
odiar a sus enemigos?

IRENE.
¿Qué buscáis aquí? mirad
que la batalla trabada...

MARÍA.

Eso busco.

IRENE.
¡Desgraciada!

MARÍA.
Muy desgraciada; es verdad.
Pobre víctima de engaños
y culpables desvaríos,
contrarios llamo a los míos
y amigos a los extraños.

IRENE.
¡Es posible!

MARÍA.
Y si mis ruegos
oye Dios, será este día
tan feliz para María
como fatal a los griegos.

IRENE.
¡Oh, no! ¡Si esta vez altivos
combaten!...

ALEJO.
¡Irene, calla!
Aún no empieza la batalla
y ¡ya vienen fugitivos!

IRENE.
¡Cobardes!

ALEJO.
Ve lo que dices.

MARÍA.
¿Y por qué, si eso es verdad?
Quédese la vanidad
para las almas felices.

ALEJO.
¡Irene!

IRENE.
¿Qué?

ALEJO.
¡La victoria
por nosotros se declara!

MARÍA.
¡El cielo nos desampara!

IRENE.
¡Día de eterna memoria!

MARÍA.
¡Os alegráis!

IRENE.
¡Ah, perdón!
¡es mi tribu, son mis gentes,
mis amigos, mis parientes!

MARÍA.
Es verdad; tenéis razón.
No ocultéis vuestro alborozo:
campo dad a la alegría
y al bien que el cielo os envía,
que dicen que mata el gozo.

IRENE.
¡Quiero ocultarlo y no puedo!

ALEJO.
¡Calla, Irene! Me engañaba,
o ¿son los nuestros?...

IRENE.
¡Acaba!

ALEJO.
Tengo de decirlo miedo.
La escasa luz de la aurora
me ofusca, y...

IRENE.
¡Recelos vanos!

ALEJO.
Se desbandan los alanos;

no puedo dudarlo ahora.

IRENE.
¡Mientes, mientes!

ALEJO.
¡Oh, no!

IRENE.
¡Mientes!

ALEJO.
¡Ay, hermana! ¡en vano esperas!
Puedo contar sus banderas.

IRENE.
¡Vencidos!

ALEJO.
Son nuestras gentes.

MARÍA.
¡Ah! (Con alegría.)

IRENE.
¿Os alegráis?

MARÍA.
Sí: ya veo
que vos... -Perdonad, Irene;
pero aquí cada cual tiene
su temor y su deseo.

IRENE.
¡Que extranjeros son, olvida
sin duda, los vencedores!

MARÍA.
Pero son los vengadores
del hombre que fué mi vida.

ALEJO.
¿Qué es esto?

IRENE.
¿Vienen? ¿son ellos?

¡Tus dudas me martirizan!
¡Habla!

ALEJO.
¿No ves que se erizan,
con el terror, mis cabellos?

IRENE.
¿Pero qué has visto?

ALEJO.
Sobre haces
de rotas lanzas, cubierto
de banderas, traen a un muerto.

IRENE.
En matarme te complaces.
¿Quién es? ¿quién es?
(Dirigiéndose al muro.)

ALEJO.
Trae la faz
lívida y ensangrentada;
pero el escudo y la espada...
-¡Padre! (Cae de rodillas.)

IRENE.
Es él. (Apoyándose en el muro.)

LOS DOS.
¡Dios te dé paz!

MARÍA.
¡Haced que mis emociones
pueda ocultarles, Señor!
¡que no insulte yo el dolor
de esos pobres corazones!

ALEJO.
¡Ven, Irene, cariñosa
y única familia mía!
¡ven!

IRENE.
¡Oh, día infausto!
(Vanse los dos por la derecha.)

Escena XIII

MARÍA, luego MIGUEL.

MARÍA.

¡Oh día
feliz! ¡aurora gloriosa!
tú coronas la campaña
más grande que ha visto el mundo.
Campo es la Grecia fecundo
en laureles para España.
-¡Miguel!

MIGUEL.

Calla.

MARÍA.

Fugitivo,
roto, vencido... ¿no es cierto?

MIGUEL.

Mil veces me juzgué muerto,
y aún no creo que estoy vivo.
¿Quién presta el feroz empuje
a esa arrogante milicia?

MARÍA.

La espada de su justicia
que sobre tu frente cruje.

MIGUEL.

¡Tal vez!

MARÍA.

Tu traición la inflama.

MIGUEL.

¡Tal vez!

MARÍA.

Y atando tus manos
extermina a tus alanos
y nuestra sangre derrama.

Implacable como yo,
cuando contrición sintieras,
cuando perdón le pidieras,
te diría... ¡no!, ¡no!..., ¡no!

MIGUEL.

¡Calla! ¡ya vengo vencido,
María! Tus iras calma.

MARÍA.

Tengo tu infamia en el alma.

MIGUEL.

¡No digas más! ¡Vengo herido!
(María, desarmada, se dirige a él manifestando interés.)

MARÍA.

¿Tú herido? ¿Tú, emperador,
peleando entre los buenos?
¡Bien! ¡bien! tienes a lo menos
una virtud: el valor.

MIGUEL.

Con ira esgrimí el acero;
prodigios hice en abono
del decoro de mi trono
y el honor del caballero.
Todo inútil, todo en vano:
¿quién su saña contrarresta,
si la justicia les presta
el aliento sobrehumano?

MARÍA.

¿Lo conoces?

MIGUEL.

¡Por mi mal!
-¡Pero vengo perseguido!

MARÍA.

Cierto.

MIGUEL.

Un momento perdido
pudiera serme fatal.

MARÍA.

Huye.

MIGUEL.

Aún está mi pendón
en el castillo.

MARÍA.

¡Quimera!

-¡Huye! ¿no ves la bandera
de don Jaime de Aragón?

¿No distingues sus caudillos?

-Aunque por los campos yerres,
vete de aquí: no te encierres
en ciudades ni en castillos.

¡Vete!

MIGUEL.

¡Adiós! (Vase por la derecha.)

MARÍA.

Pero a caballo,

(Hablando hacia dentro.)

¡que se acercan! ¡oigo el ruido!

No fíes de hombre nacido,
ni enemigo ni vasallo. (Baja a la escena.)

-¡Roger, tu asesino muerto,
tu enemigo castigado!...

¿Quieres más? ¡ya estás vengado!

ya estás contento, ¿no es cierto?

(Gritos dentro algo lejanos.)

DENTRO.

¡Aragón, Aragón!

MARÍA.

Di;

¿no es verdad que tú conoces

esas placenteras voces

que van volando hacia ti?

(En este momento salen por la izquierda y asaltando el muro por diferentes puntos los
almogávares, trayendo a su frente los estandartes de Aragón y Sicilia, y en medio de
éstos, otro con la imagen de San Pedro.)

Escena XIV

MARÍA en medio de la escena; BERENGUER DE ROUDOR, PERICH DE NACLARA, CAPITANES y SOLDADOS.

BERENG.
¡Aragón!

MARÍA.
¡Bien, Berenguer!
¡Gracias!

BERENG.
Satisfecho quedo.
Hoy sí que deciros puedo:
«Hemos vengado a Roger».

MARÍA.
Cierto.

BERENG.
Si mira a la tierra,
verá un castigo ejemplar.
-En sangre puede nadar
el ataúd que lo encierra.

MARÍA.
¡Bien habéis cumplido, hermanos
de aquel varón noble y fuerte!
¡habéis cansado a la muerte!
estáis con razón ufanos.
¡Bien puede estar satisfecho
el justo y terrible enojo!
todo un imperio es despojo
del valor de vuestro pecho.
Ya podéis volver a España
cruzando sin pena el mar,
y a los vuestros, al contar
tanta portentosa hazaña,
decidles: «De nuestros pies
coronas han sido alfombra.
Vencido el Oriente, nombra
con miedo al aragonés.
Llorando queda, y mañana,
aun después de enjuto el llanto,

recordará con espanto
la venganza catalana.»